
ganz1912

Pensamiento y librepensamiento

Manuel González Prada



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las expresiones editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974, en el momento del auge de una literatura innovadora y exitosa, ha estado llamando constantemente la atención acerca de la necesidad de entablar un contacto dinámico entre lo contemporáneo y el pasado a fin de revalorarlo críticamente desde la perspectiva de nuestros días.

Esta colección, Claves de América, está dirigida al público en general y estudiantil, para ofrecer diversos temas, a través de ediciones abreviadas y antológicas de autores publicados en la Colección Clásica de nuestro fondo. En Claves de América privilegiamos el revelador género de la crónica escrita por quienes narraron los primeros relatos americanos, sin dejar de lado la reflexión crítica y estética.


BIBLIOTECA
AYACUCHO

ganz1912

Pensamiento y librepensamiento

Manuel González Prada

27

Prólogo
José Carlos Mariátegui
Selección
Oscar Rodríguez Ortiz



CONSEJO DIRECTIVO
Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Britto García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

©Fundación Biblioteca Ayacucho, 2004
Colección Claves de América, Nº 27
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf 50120041003221
ISBN 980-276-373-X
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecaayacucho.com

Dirección Editorial: Julio Bolívar
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistencia Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistencia de Producción: Henry Arrayago
Corrección: Mariela Sánchez Urdaneta

Diseño de Colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Pedro Mancilla
Pre-prensa: Linotipo Vidal, c.a.
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

ganz1912

PRÓLOGO*

GONZÁLEZ PRADA es, en nuestra literatura, el precursor de la transición del período colonial al período cosmopolita. Ventura García Calderón lo declara “el menos peruano de nuestros escritores”. Pero ya hemos visto que hasta González Prada lo peruano en esta literatura no es aún peruano sino colonial. El autor de *Páginas libres*, aparece como un escritor de espíritu occidental y de cultura europea. Mas, dentro de una peruanidad por definirse, por precisarse todavía ¿por qué considerarlo como el menos peruano de los hombres de letras que la traducen? ¿Por ser el menos español? ¿Por no ser colonial? La razón resulta entonces paradójica. Por ser la menos española, por no ser colonial, su literatura anuncia precisamente la posibilidad de una literatura peruana. Es la liberación de la metrópoli. Es, finalmente, la ruptura con el virreinato.

Este parnasiano, este helenista, marmóreo, pagano, es histórica y espiritualmente más peruano que todos, absolutamente todos los rapsodistas de la literatura española anteriores y posteriores a él en nuestro proceso literario. No existe seguramente en esta generación

* Fragmentos tomados de: “González Prada”, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana,* José Carlos Mariátegui. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 69), 1979.

que sienta al malhumorado y nostálgico e iconoclasta acusador del pasado a que pertenecieron ése y otros letrilleros de la misma estirpe y el mismo abolengo.

González Prada no interpretó este pueblo, no esclareció sus problemas, no legó un programa a la generación que debía venir después. Mas representa, de toda suerte, un instante –el primer instante lúcido– de la conciencia del Perú. Federico More lo llama un precursor del Perú nuevo, del Perú integral. Pero González Prada, a este respecto, ha sido más que un precursor. En la prosa de *Páginas libres*, entre sentencias alambicadas y retóricas, se encuentra el germen del nuevo espíritu nacional.

> No forman el verdadero Perú –dice González Prada en el célebre discurso del Politeama de 1888– las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por la muchedumbre de indios diseminada en la banda oriental de la cordillera.

Y aunque no supo hablarle un lenguaje desnudo de retórica, González Prada no desdeñó jamás a la masa. Por el contrario, reivindicó siempre su gloria oscura. Previno a los literatos que lo seguían contra la futilidad y la esterilidad de una literatura elitista.

> Platón [les recordó en la conferencia del Ateneo] decía que en materia de lenguaje, el pueblo era un excelente maestro. Los idiomas se vigorizan y retiemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos y en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, dichos y refranes del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes transforman las lenguas, como los infusorios modifican los continentes [...]. El poeta legítimo [afirmó en la cumbre de un monte] por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo. [...] Y en sus notas acerca del idioma ratificó explícitamente en otros términos el mismo pensamiento: las obras maestras se distinguen por la accesibilidad,

> pues no forman el patrimonio de unos cuantos elegidos, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero y Cervantes son ingenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma. [...] Si Herodoto hubiera escrito como Gracián, si Píndaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados y aplaudidos en los juegos olímpicos?

Simultáneamente, González Prada denunció el colonialismo. En la conferencia del Ateneo, después de constatar las consecuencias de la ñoña y servil imitación de la literatura española, propugnó abiertamente la ruptura de este vínculo.

> Dejemos las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontañas y monárquicas, prefiramos el espíritu libre y democrático del siglo. Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua, pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la definida prolongación de la niñez.

En la obra de González Prada, nuestra literatura inicia su contacto con otras literaturas. González Prada representa particularmente la influencia francesa. Pero le pertenece en general el mérito de haber abierto la brecha por la que debían pasar luego diversas influencias extranjeras. Su poesía y aun su prosa acusan un trato íntimo de las letras italianas. Su prosa tronó muchas veces contra las academias y, heterodoxamente, se complació en el neológico y el galicismo. Su verso buscó en otras literaturas nuevos troqueles y exóticos ritmos.

Percibió bien su inteligencia el nexo oculto pero no ignoto que hay entre conservatismo ideológico y academicismo literario. Y combinó por eso el ataque al uno con la requisitoria contra el otro. Ahora que advertimos claramente la íntima relación entre las serenatas

al virreinato en literatura y el dominio de la casta feudal en economía y política, este lado del pensamiento de González Prada adquiere un valor y una luz nuevos.

Como lo denunció González Prada, toda actitud literaria, consciente e inconscientemente, refleja un sentimiento y un interés políticos. La literatura no es independiente de las demás categorías de la historia. ¿Quién negará, por ejemplo, el fondo político del concepto en apariencia exclusivamente literario, que define a González Prada como el menos peruano de nuestros literatos? Negar peruanismo a su personalidad no es sino un modo de negar validez en el Perú a su protesta. Es un recurso simulado para descalificar y desvalorizar su rebeldía. La misma tacha de exotismo sirve hoy para combatir el pensamiento de vanguardia.

Muerto Prada, la gente que no ha podido por estos medios socavar sus ascendientes ni su ejemplo, ha cambiado de táctica. Ha tratado de deformar y disminuir su figura, ofreciéndole sus elogios comprometedores. Se ha propagado la moda de decirse herederos y discípulos de Prada. La figura de González Prada ha corrido el peligro de resultar una figura oficial, académica. Afortunadamente, la nueva generación ha sabido insurgir oportunamente contra este intento.

Los jóvenes distinguen lo que en la obra de González Prada hay de contingente y temporal de lo que hay de perenne y eterno. Saben que no es la letra sino el espíritu lo que en Prada representa un valor duradero. Los falsos gonzález-pradistas repiten la letra; los verdaderos repiten el espíritu.

El estudio de González Prada pertenece a la crónica y a la crítica de nuestra literatura antes que a las de nuestra política. González Prada fue más literato que político. El hecho de que la trascendencia política de su obra sea mayor que su trascendencia literaria no desmiente ni contraría el hecho anterior y primario, de que esa obra, en sí, más que política es literaria.

Todos constatan que González Prada no fue acción sino verbo. Pero no es esto lo que a González Prada define como literato más que como político. Es su verbo mismo.

El verbo puede ser programa, doctrina. Y ni en *Páginas libres* ni en *Horas de lucha* encontramos una doctrina ni un programa propiamente dichos. En los discursos, en los ensayos que componen estos libros, González Prada no trata de definir la realidad peruana en un lenguaje de estadista o de sociólogo. No quiere sino sugerirla en un lenguaje de literato. No concreta su pensamiento en proposiciones ni en conceptos. Lo esboza en frases de gran vigor panfletario y retórico, pero de poco valor práctico y científico.

> El Perú es una montaña coronada por un cementerio. [...] El Perú es un organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota el pus.

Las frases más recordadas de González Prada delatan al hombre de letras, no al hombre de Estado. Son las de un acusador, no las de un realizador.

El propio movimiento radical aparece, en su origen, como un fenómeno literario y no como un fenómeno político. El embrión de la Unión Nacional o partido radical, se llamó "Círculo Literario". Este grupo literario se transformó en grupo político, obedeciendo al mandato de su época. El proceso biológico del Perú no necesitaba literatos sino políticos. La literatura es lujo, no es pan. Los literatos que rodeaban a González Prada sintieron vaga pero perentoriamente la necesidad vital de esta nación desgarrada y empobrecida.

> El Circulo Literario, la pacífica sociedad de poetas y soñadores [decía González Prada en su discurso del Olimpo de 1887], tiende a convertirse en un centro militante y propagandista. ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia republicana e incrédula. Hay aquí una juventud que lucha abiertamente

> por matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía inoportunamente larga, una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir los obstáculos y abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

González Prada no resistió al impulso histórico que lo empujaba a pasar de la tranquila especulación parnasiana a la áspera batalla política. Pero no pudo trazar a su falange un plan de acción. Su espíritu individualista, anárquico, solitario, no era adecuado para la dirección de una vasta obra colectiva.

Cuando se estudia el movimiento radical, se dice que González Prada no tuvo temperamento de conductor, de caudillo, de condotiero. Mas no es ésta la única constatación que hay que hacer. Se debe agregar que el temperamento de González Prada era fundamentalmente literario. Si González Prada no hubiese nacido en un momento urgido de reorganización y de moralización políticas y sociales, en el cual no podía fructificar una obra exclusivamente artística, no lo habría tentado jamás la idea de formar un partido.

Su cultura coincidía, como es lógico, con su temperamento. Era una cultura principalmente literaria y filosófica. Leyendo sus discursos y sus artículos, se nota que González Prada carecía de estudios específicos de economía y política. Sus sentencias, sus imprecaciones, sus aforismos son de inconfundible factura e inspiración literarias. Engastado en su prosa elegante y bruñida, se descubre frecuentemente un certero concepto sociológico o histórico. Ya he citado alguno. Pero en conjunto, su obra tiene siempre el estilo y la estructura de una obra de literato.

Nutrido del espíritu racionalista y positivista de su tiempo, González Prada exaltó el valor de la ciencia. Mas esta actitud es peculiar de la literatura moderna de su época. La Ciencia, la Razón, el Progreso, fueron los mitos del siglo XIX. González Prada llegó a la utopía anarquista, adoptó fervorosamente estos mitos. Hasta en sus

versos hallamos la expresión enfática de su racionalismo:

¡Guerra al menguado sentimiento!
¡Culto divino a la Razón!

De González Prada debe decirse lo que él, en *Páginas libres*, dice de Vigil:

> Pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas. Puede atacarse la forma y el fondo de sus escritos. Pueden tacharse hoy sus libros de anticuados e insuficientes, puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su inteligencia; pero una cosa permanecerá invulnerable y de pie: el hombre.

José Carlos Mariátegui

En el ensayo "Nuestros indios", ubicado al final de esta edición, las notas que no indican su procedencia corresponden a Manuel González Prada.

VÍCTOR HUGO*

I

VÍCTOR HUGO ha muerto. El poeta del siglo, el eco sonoro colocado en el centro de nuestra sociedad, acaba de extinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesitaría comprender la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve debe con más razón aplicarse a Víctor Hugo: "Ningún hombre de su época se rozó con mayor número de ideas". Ninguno, tal vez, realizó con la pluma prodigios mayores: él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo y convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el *Islam y sangre* de los mahometanos o el *Santiago y cierra, España* de las huestes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno de *Hernani* resonaba, todos los espíritus independientes se apercibían a luchar, porque el romanticismo francés, que había empezado con Chateaubriand por una exaltación algo mística y algo monárquica, se fue modificando con Víctor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la ciencia, en el arte y en la literatura.

---

* Selección de ensayos tomados de: *Páginas libres. Horas de lucha*, Manuel González Prada. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Col. Clásica, 14), 1976.

Siempre que Víctor Hugo quiso levantar su voz de bronce, todos guardaron silencio para recoger las palabras y entregarlas a los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante a Virgilio: "Tú eres el guía, el señor y el maestro".

Aunque los naturalistas pretendan derivarse de Stendhal y Balzac, revelan a cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha montada por el hacha de Víctor Hugo. Zola, en sus continuos arranques de mal humor, rabia de seguir involuntariamente el impulso del *Maestro* y no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano, alemán, griego y ruso, saliendo a luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlín, Atenas y San Petersburgo, sólo él lo consiguió. En todas partes se introdujo a dominar, a imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoy huellas de imitación romántica?[1].

II

Víctor María Hugo nació en Besançon el 26 de febrero de 1802, y fueron sus padres el general José Leopoldo Segisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy[2], y Sofía Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta y tres años, viendo desaparecer a los principales autores de su tiempo: A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte Beuve, Dumas, George Sand, etc., a sus hermanos Eugenio y Abel, a su hija Leopoldina, a su esposa y a sus hijos Carlos y Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, y sus nietos Jorge y Juana.

---

1. Catulle Mendès. *La Légende du parnasse contemporain*, pp. 24 y 25.
2. E. Fournier. *Souvenirs Poétiques de l'école romantique*, E. Biré. *Victor Hugo avant 1830*.

Hijo de un soldado que hoy atravesaba los Alpes y mañana los Pirineos, Víctor Hugo, a las seis semanas de nacido, fue llevado por sus padres a Marsella, y después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles y Madrid, donde permaneció en el Colegio de Nobles desde principios de 1811 hasta la primavera de 1812.

A los diez años intentaba versificar sin conocer la métrica, a los doce componía sus primeros versos consagrados a Orlando, y de los trece a los dieciséis, no sólo había escrito innumerables composiciones, tanto originales como traducidas del latín o imitadas de Ossián, sino un poema sobre el diluvio, el cuento *Bug Jargal* la tragedia *Itarmeno*, la zarzuela *De algo sirve el acaso*, el melodrama *Inés de Castro*, etc. A los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia Francesa, y a los dieciocho ganó el título de maestro en los Juegos Florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia "el niño sublime".

Desde fines de 1819 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en *El Conservador literario*, periódico bimensual, fundado por él y sus hermanos. Sus escritos en *El Conservador* se distinguen por el subido tinte monárquico, religioso y hasta clásico.

En 1822 dio a luz con el título de *Odas y poesías diversas*, su primera colección de versos, y obtuvo de Luis XVIII una pensión anual de 1.000 francos y contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virgen celebrada en el libro V de las *Odas*, la esposa ofendida y glorificada en los *Cantos del crepúsculo*.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó *Han de Islandia* (1823), *Nuevas odas* (1824), la reedición explanada de *Bug Jargal* (1826), *Odas y baladas* (1826), *Cromwell* (1827), *Las orientales* (1829), *El último día de un condenado a muerte* (1829), *Marion Delorme* (1829), y *Hernani* (1830). Estas obras levantaron una tempestad de aplausos y recriminaciones.

El prefacio de *Cromwell* produjo tanta resonancia, que alguien le llamó el *Decálogo romántico*. La primera representación de *Hernani* se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos, en el Waterloo de la clásica tragedia francesa. Con la obra de Víctor Hugo se impuso el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas con *Enrique III* y por Alfred de Vigny con la traducción de *Otelo*. Como los veteranos del Imperio se enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se vanagloriaban de haber asistido a la jornada de *Hernani*. "Esa noche, dice Théophile Gautier, decidió nuestra vida"[3].

En aquella época, antes de los treinta años, Víctor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra y el amor llevado al delirio que Goethe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien le execrara como el Atila de la literatura, hubo también hombres acometidos de hugolatría. Refiere Théophile Gautier que al ser presentado a Víctor Hugo por Petrus Borel, Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Víctor Hugo era "la frente monumental, de amplitud y belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la corona de un Dios o un César"[4].

De 1830 en adelante la fecundidad de Víctor Hugo raya en asombrosa; como Lope de Vega y Goethe, lo abarca todo, lo emprende todo y lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa o un canto, él produce un poema o un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos o dramáticos; pero él se destaca sobre todos como el poeta único y de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del océano hasta el musgo de las montañas, desde el sapo hasta la estrella,

3. *Histoire du Romantisme*.
4. Soumet escribía en 1820 a un amigo: "Cet enfant (V. Hugo), a une tête bien remarquable, une véritable étude de Lavator" (E. Biré. *Victor Hugo avant 1830*).

y desde el amor que hace morir hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor y trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad y extensión de su vida: no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, y por más de medio siglo publica volúmenes tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa como creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

Su obra, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse como el libro de Humboldt, *Cosmos*.

Para estudiar el espíritu de nuestro siglo necesitamos leer las páginas del gran poeta: conociendo a Víctor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Víctor Hugo pertenece a la familia de los genios eminentemente progresivos que se despojan hoy del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, a cada movimiento de sus almas dejan caer una pluma descolorida y muerta. Realista en la adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la variación de sus ideas vale tanto como acusar a la semilla de trasformarse en árbol. La piedra que baja en virtud de su peso, traza la línea recta; el tren, el humo y hasta el águila, siguen las entrantes y salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monárquico a republicano, de creyente a librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney y Murat, exclamaba que “el orgullo en la ascensión era permitido cuando en el último tramo de la escala luminosa se había encontrado la proscripción”.

Erró al figurarse que la Restauración de los Borbones daría

libertad al pueblo francés y que el pontificado de Mastai Ferreti sería pacto de alianza entre la Iglesia y la civilización; pero combatió infatigablemente por la Segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro y clavó en la picota de *Los castigos* al Emperador de Sedán y al Pontífice de Mentana.

Su acción política no iguala su influencia literaria. Si como par de Francia sostuvo duelos de palabras, tan gloriosos como las justas de los antiguos paladines, no arrastró con sus discursos a las muchedumbres, no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria política se funda en haber sido un Homero con gorro frigio y blusa democrática. Él quitó a la poesía las inmaculadas alas de serafín, que Lamartine le había revestido, él la sacó de la ebúrnea torre donde Alfred de Vigny la quiso mantener encerrada rrada, él la alejó del palacio donde un tiempo se gozaba en murmurar monótonos cantos de servidumbre, y lanzándola a la tribuna parlamentaria, al club jacobino y a la plaza pública, la hizo relampaguear como Mirabeau, tronar como Danton y herir como las encolerizadas y justicieras muchedumbres del 93.

La lectura de Víctor Hugo, como poderoso estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro, como abono en la tierra. Siendo mucho lo que dice con sus versos, es más lo que sugiere. Cuando concluimos de leer algunos de sus poemas y cerramos los ojos, parece que las más recónditas células de nuestro cerebro se iluminaran con repentina luz sideral: con unos poetas soñamos, con otros sentimos, con Víctor Hugo pensamos. Con él, "no sólo experimentamos la admiración por el escrito, sino también el gozo de encontrar en el poeta al pensador ligado con todos los problemas que interesan a la Humanidad"[5].

Cuanto produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan a hermosas cristalizaciones minerales: son cuerpos organizados

5. Eugéne Véron. *L'Esthétique*.

en que se palpa el movimiento de la savia o la circulación de la sangre. Como lo declara él mismo, "tiene corazón hasta en la cabeza, entrañas en la inteligencia". "Quiero, dice, a la araña y la ortiga porque son aborrecidas." Esa inmensa conmiseración, que abarca todo cuanto vive o existe, le inspira una filosofía optimista, verdadera filosofía de poeta: según Víctor Hugo, el mal desaparecerá un día, no sólo de la tierra sino del universo, y todos seremos eternamente felices bajo el ala paternal de Dios.

En su poesía, radicalmente humana, desborda la piedad hacia los desgraciados y relampaguea contra los opresores. Él no renegó como Byron ni desesperó como Leopardi, y si alguna vez blandió la espada de fuego, siempre mostró en su frente olímpica el nimbo de la esperanza. Hasta en *Los castigos*, en ese tremendo libro de cólera y venganza, asoman la piedad y el amor, como fosforescencias en mar tempestuoso y negro.

Si no deja como Goethe una huella indeleble en las ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efigie inalterable de su genio: queda como el insuperable maestro de la forma y del colorido. Contribuyó más que nadie a enriquecer el lenguaje poético, ya pidiendo voces al vocabulario científico, ya incrustando en sus frases locuciones populares, ya rejuveneciendo y renovando las vetustas y manoseadas figuras retóricas de los seudo clásicos franceses. Sus composiciones hierven de metáforas, donde adquieren forma tangible y concreta las ideas más vaporosas y más abstractas: al decir que piensa con imágenes se le ensalza en lugar de abatirle. Con sus imágenes enormes y exuberantes hace recordar las flores gigantes y extrañas que flotan sobre las aguas del Amazonas.

Él dio a las palabras la ductilidad del oro y la maleabilidad de la arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos le obedecieron como a César sus legiones. Tiene versos lapidarios

que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas o tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Hasta cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas o en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, y produce el efecto de música subterránea o recuerda el rítmico galope de un caballo en las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: "Quiero ser Chateaubriand o nada", consiguió más de lo deseado, fue el poeta del siglo.

IV

Voltaire se levanta como el escritor francés más digno de colocarse frente a Víctor Hugo; la tarea demoledora del uno en el siglo XVIII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX. Voltaire, que se realza con el mérito de haber escrito a riesgo de libertad y vida, presenta una desventaja. Sin decir con Pascal: "Ingenio burlón, mal ingenio", puede asegurarse que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que a los hombres serios: Momo no será nunca la divinidad de pueblo. Ingenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un chiste y descubrir la parte vulnerable de sus adversarios. Víctor Hugo es un carácter radicalmente grave; la chispa francesa no brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada rabelesiana, en Víctor Hugo termina por estupendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Víctor Hugo descarga mandobles que matan o dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto: viejo medio alegre y medio libertino, es el *papá Voltaire*; Víctor Hugo infunde cierto alejamiento: patriarca optimista y bondadoso, es el *padre Hugo*. Sin embargo, el uno se completa con el otro, y algo habría faltado a la Humanidad si no hubieran existido Voltaire y Víctor

Hugo. Ambos poseyeron la audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatividad infatigable, la vejez sin decrepitud y la fuerza tenaz de arraigarse a la vida.

Francia tuvo la gloria de producir a Napoleón Bonaparte, el hombre de la espada, y a Víctor Hugo, el hombre de la pluma. El uno abre el siglo con sus campañas, el otro lo cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de la acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Víctor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Víctor Hugo del hierro. Soldado y poeta se distinguen por la enormidad y la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas; y el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen *Los castigos* o la *Leyenda de los siglos* como las Pirámides o Marengo. Ambos sintieron los éxtasis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos y odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del globo. Reyes de Europa rindieron vasallaje a Napoleón; exceptuando a Lamartine y A. de Vigny, los poetas franceses del período romántico siguieron las huellas de Víctor Hugo. Como Bonaparte, muere en mayo, mes de las aves, de las flores y de los poetas. Hay una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desamparado, en una isla estéril; Víctor Hugo acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un gran pueblo que le da por catafalco el Arco de Triunfo, por tumba la cripta del Panteón. La muerte así equivale a una transfiguración.

Los siglos correrán, y todas las medianías que surgen para deslumbrar a sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del olvido, mientras la figura ideal de Víctor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros. Como se dice la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes y la Alemania de Goethe, se dirá la Francia de Víctor Hugo.

[1885]

DISCURSO EN EL TEATRO OLIMPO

SEÑORES:

Vengo a ser arrastrado por el buen camino, dije en 1887 al asumir la presidencia del Círculo Literario; y hoy me cumple decir que en el año transcurrido no fui el capitán a la cabeza de su campaña, sino el recluta enrolado a las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas alrededor de una columna como el personaje de la leyenda popular, nos dirigimos hacia las regiones de la luz, y ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El Círculo Literario, la pacífica sociedad de poetas y soñadores, tiende a convertirse en centro militante y propagandista[1]. ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula y republicana. Hay aquí una juventud que lucha abiertamente por destrozar los vínculos que nos unen a lo pasado; una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía importunamente larga; una juventud, en

1. El Círculo Literario fue desde 1891 el núcleo del Partido Unión Nacional, especie de “Partido Radical” peruano (nota de L.A. Sánchez).

fin, que se impacienta por suprimir obstáculos y abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

I

¿Qué valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones, nuestro número crece hora por hora. Ayer fuimos un grupo, hoy somos una legión, mañana seremos muchas falanges. Parece que a la voz de aliento lanzada por el Círculo Literario de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta y se contagia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aquí el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, muchos jóvenes de nuestras provincias y del extranjero colaboran con nosotros[2]. Los hombres de nacionalidad distinta y de sentimientos y aspiraciones iguales son como bosques de árboles gigantescos: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces y entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo y lo más elevado.

Estamos en el período de formación: apenas si movemos la pluma o desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos y debemos hacer.

Lejos de la jactancia ridícula de saberlo todo y la vanidad pueril de creernos privilegiados talentos; nuestro poder estriba en la unión: todos los rayos del sol, difundidos en la superficie de la tierra, no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

2. De aquí brotó la tendencia federalista, cuyos principales centros fueron Cuzco, Arequipa, Trujillo, Piura.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín y nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrépito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la ciencia, en el arte y en la literatura.

II

¿Quién debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maestro, porque todos somos discípulos o aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos y hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa o verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema... Nacidos ayer a la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen a la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos y luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala *tradición*, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoy con un literato que por el caudal y atrevimiento de sus ideas se levante a la altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo purista o del romanticismo trasnochado. Hay gala de arcaísmos, lujo de refranes y hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas; mas no se mira volar el águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios y virtudes de nuestros abuelos: nada nuevo aprenderemos de la España monarquista y

ultramontana. Hay en la antigua metrópoli una juventud republicana y librepensadora que trabaja por difundir gérmenes de vida en el mar muerto de la monarquía española; pero no conocemos los escritos y apenas sabemos los nombres de esa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña y nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama y quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal en religión, de Cánovas en política y de los Guerra y Orbe en literatura.

Regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas y sus semillas en nuestra literatura equivale a retrogradar. El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elegirá la de un amigo fuerte y joven, no la de un abuelo decrépito y extenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace degenerar la especie.

Sainte-Beuve aconseja bien: “En la misma lengua no escoge uno sus maestros sin acercárseles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede como en los matrimonios de familia, que nada vigoroso producen. Para sus religiones y sus alianzas hay que alejarse más”.

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas no pertenecen a España: Hegel y Schopenhauer nacieron en Alemania, Darwin y Spencer en Inglaterra, Fourier y Auguste Comte en Francia. Entonces ¿por qué beber en el riachuelo cuando se puede acudir a la misma fuente? El agua del riachuelo –Madrid viene de la fuente– : París. Hoy con algunas excepciones no existe literatura española, sino literatura francesa en castellano.

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar las palabras de Biot a las congregaciones docentes: “Se parecen a las antiguas estatuas que servían para guiar a los viajeros, y hoy mismo, desde hace miles de años, continúan señalando con el dedo inmóvil caminos que ya no existen”. Nuestro guía debe estar,

pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno. Estudiar ordenadamente es asimilar el jugo segregado por otros; imitar servilmente, significa petrificarse en un molde.

III

¿Contra qué resistencias vamos a luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica, influyente y de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por la austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de banco; y unos campesinos fanáticos por ignorancia y monarquistas por costumbre. Esa nobleza y ese clero, esa burguesía y esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático y racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza: y a la idea de linaje puro, sonríe maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en el tiempo del coloniaje, señaladamente en el siglo XVII.

Aquí, el clero carece de saber, inteligencia o virtud, y no forma un cuerpo unido ni homogéneo: cura, fraile y clérigo se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hay, sí, una especie de clase media, inteligente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente a luchas religiosas, amante de su país, pero hastiada con la política de que sólo recibe perjuicios, desengaños y deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede a todos los vientos y a todas las olas. Hoy el pueblo, que no debe llamarse cristiano sino fetichista, oye y sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará y seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país, elementos para constituir un período reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Exceptuando la Independencia y el 2 de mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio; las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores o clericales confirman hoy la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el *detritus* de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón y olvido en quien olvida y perdona, se refugian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrógrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarca y Arequipa. Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo XIX, casi todas las mujeres se asfixian en la atmósfera de la Edad Media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece a la parte pensadora; está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad y de la muerte.

Para salvar a la mujer, y con la mujer al niño, nos veremos frente a frente del clero secular, disperso en reducidas agrupacio-

nes, abroquelado con la Ley de Imprenta y armado con la teología.

Dejemos a la prensa religiosa calumniar y mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores del lodo. El gañán que abre surcos donde ha de germinar trigo, no se detiene a pisotear gusanos removidos y secados al sol con la punta del arado.

No temamos la teología con sus fantasmagorías extramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener a los hijos del Norte con gigantescos ídolos de madera, cartón y trapo: cuando los hombres de hoy invadimos el país de las tinieblas, surgen los hombres de ayer creyendo amedrentarnos con fantasmas y simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo y rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hay más que un sacerdote con todas las flaquezas de la Humanidad, y un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios, ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

Sea cual fuere el programa del Círculo Literario, hay tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad en el estilo y la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos, haremos del Círculo Literario una institución útil, respetable, invencible.

En vano los hombres del poder desdeñan al escritor público y disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hay algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito y más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir y dividió, debía civilizar y embruteció, debía

censurar y aduló. En nuestro desquiciamiento general, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestigio, no representa la fuerza inteligente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desde el editorial ampuloso y kilométrico hasta la crónica insustancial y chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada y algo como crujido de carne viva, despedazada por dientes de hiena. Esas frases gastadas y pensamientos triviales que se vacían en las enormes y amenazadoras columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango y piedras que se precipita a rellenar las hondonadas y resquebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones y mentiras, que el periodista con su improbidad y mala fe. Ambos, que debieron convertirse en acusadores y justicieros de los grandes criminales políticos, se hicieron encubridores y cómplices. El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de la hacienda nacional, y el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras del Bajo Imperio, las persecuciones y destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al tesoro público, todo fue posible, porque tiranos y ladrones contaron con el silencio o el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

Como en el *Ahasverus* de Edgar Quinet pasan a los ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable, así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.

Es, señores, que hay la literatura de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra en el Egipto esclavo, y la literatura de los hombres eternamente de pie, como el Apolo de mármol en la Grecia libre.

Apartándonos de escuelas y sistemas, adquiriremos verdad en estilo y en ideas. Clacisismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas o malas: obra buena quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas y forma.

Verdad en estilo y lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoy con idiotismos y vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras expresan ideas, tienen su medio propio en que nacen y viven; ingerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias y desdeñados por el público; pero no se conoce en la historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es a las palabras como los períodos geológicos a las especies; la especie una vez desaparecida no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituir la osamenta de animales fósiles; pero no imaginó restablecer las funciones fisiológicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticuado compone obras que tienen la rigidez del alambre y la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, debe adaptarse a nuestro carácter y a nuestra época. Hombres de imaginación ardiente y voluntad inclinada a ceder, necesitamos un estilo que seduzca con imágenes brillantes y se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con un estilo salpicado de figuras y nos arrebatamos con frases duras y frías como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoy a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, agitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan y Miraflores, en el cobarde

abatimiento que nos envilece y nos abruma, nadie tiene derecho de repetir miserias y puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos y fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas y teológicas, nace la verdad con la ciencia positiva. Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del océano, pero un nuevo y hermoso continente surge del mar, ostentando su flora sin espinos y su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoy con música de estrofas insulsas y bien pulidas ni con períodos altisonantes y vacíos: todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos sed de verdades. Sí, verdades aunque sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros y caer, es preferible tener pies musculosos y triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas y rocas de la Tierra.

Cortesanos, políticos y diplomáticos no piensan así: llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Cierto, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso.

Rompamos el pacto infame y tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real, y la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error y acometer contra sus secuaces, no propinemos cintarazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa y casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo: el niño delicado y la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida y salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que la antorcha ilumine, ¡poco importa si quema la mano que la enciende y la agita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie [a] una nación entera: ¡poco importan las lágrimas, los dolores y los sacrificios de una sola generación, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien generaciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta al globo en escombros y ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas y muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!

[1888]

DISCURSO EN EL POLITEAMA[1]

SEÑORES:

Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoy para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo y algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la generación que se levanta es siempre acusadora y juez de la generación que desciende. De aquí, de estos grupos alegres y bulliciosos, saldrá el pensador austero y taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños, sed hombres, madrugad a la vida, porque ninguna generación recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más

---

1. Debe llamarse la atención sobre la época y las circunstancias en que fue pronunciado el discurso en el Politeama. Se trataba de iniciar una gran colecta nacional para rescatar las provincias de Tacna y Arica, entregadas por diez años a Chile, a raíz del Tratado de Ancón. Los escolares de Lima organizaron una velada en el viejo Teatro Politeama. González Prada, emblema del revanchismo, fue invitado a hablar. Redactó el discurso que aquí se reproduce, y lo hizo leer por un niño. Todas las expresiones de la oración patriótica mencionada deben ser referidas a la época y las circunstancias de 1888. El editor subraya: ha pasado más de un siglo y la situación internacional ha cambiado radicalmente (nota de L.A. Sánchez).

sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orgía de la época independiente, vuestros antepasados: bebieron el vino generoso y dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una generación que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta y con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas y renovar dolores, no acusaríamos a unos ni disculparíamos a otros. ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre.

II

Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía Política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Tácticas y Estrategias. El Perú fue cuerpo vivo, expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles y manos con temblores de paralítico. Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército... ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertiginosas apariciones y desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa y vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde y silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados y sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo, ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatirá por el señor feudal.

Y, aunque sea duro y hasta cruel repetirlo aquí, no imaginéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la puna: también los mestizos de la costa recordamos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna Capac. Nuestra columna vertebral tiende a inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia degenerada y despilfarradora: el vencedor de la Independencia legó su prole de militares y oficinistas. A sembrar el trigo y extraer el metal, la juventud de la generación pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuadras de los cuarteles y apergaminar la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las rudas labores del campo y de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional y sobrepusieron el caudillo que daba el pan y los honores a la patria que exigía el oro y los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales y conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores y los indiferentes por egoísmo, imbecilidad o desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida y fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular y repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejercito invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudi-

llo[2], éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas y serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes y siervos; y no vencimos ni podíamos vencer.

III

Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la naturaleza, adoremos la libertad, esa madre engendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia modificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universalidades retrógradas: hablo de la ciencia robustecida con la sangre del siglo, de la ciencia con ideas de radio gigantesco, de la ciencia que trasciende a juventud y sabe a miel de panales griegos, de la ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales produjo más bienes a la Humanidad que milenios enteros de teología y metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía embrutecedora del indio.

2. Se refiere al general Andrés Avelino Cáceres, caudillo de la resistencia en la sierra del Perú (nota de L.A. Sánchez).

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, y políticos a la altura del siglo, recuperaremos Arica y Tacna, y entonces y sólo entonces marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y último.

Para ese gran día, que al fin llegará porque el porvenir nos debe una victoria, fiemos sólo en la luz de nuestro cerebro y en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que únicamente el valor decidía de los combates: hoy la guerra es un problema, la ciencia resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional y la fe en los auxilios sobrehumanos: la tierra escarnece a los vencidos, y el cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución y venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos y carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo y sus frutas de sabor amargo. ¡Qué vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutas nuevas! ¡Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra!

IV

¿Por qué desesperar? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino a fortalecernos con la esperanza. Dejemos a Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento del ánimo cobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoy que Tacna rompe su silencio y nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, elevémonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales, y a las palabras de amor y esperanza respondamos con palabras de aliento y fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del universo? En la tierra no hay oro para adquirir las

riquezas que debe producir una sola primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fue amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza de electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta, sí, consistencia en el músculo y hierro en la sangre. Anémicos y nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoy a un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; y le odiamos mañana hasta derribarle y hundirle bajo un aluvión de lodo y sangre. Sin paciencia de aguardar el bien, exigimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un día las faltas de cuatro generaciones. La historia de muchos gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no lo somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas y ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos y quemado nuestras ciudades y mutilado nuestro territorio y asaltado nuestras riquezas y convertido el país entero en ruinas de un cementerio; pues bien, señores, ese alguien a quien jurábamos rencor eterno y venganza implacable, empieza a ser contado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía y mentira forman los polos de la diplomacia, dejemos a los gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad y olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad y franqueza, nosotros que no tememos explicaciones ni respetamos susceptibilidades, nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto de estas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxigenar esta atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, y lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo

el fuego para amar con firmeza todo lo que se debe amar, y para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoy por los Colegios libres de Lima halle ejemplo en los más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas a morir entre las paredes de un teatro, sino rudos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos y despierte los dos sentimientos capaces de regenerarnos y salvarnos: el amor a la patria y el odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoy Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se agita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; y bien, "la grandeza moral de los antiguos helenos consistía en el amor constante a sus amigos y en el odio inmutable a sus enemigos"[3]. No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para engendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoy nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; y si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder, ¡que siquiera los mal apagados rugidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!

[1888]

3. Lessing. *Laokoom*, VI.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

I

HAY ÉPOCAS en que las naciones, sumergidas en profunda modorra, oyen y ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis agitante; y otras épocas en que se regeneran con el soplo de un viento generoso, traspasan las barreras de la tradición, y caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. A estas últimas épocas pertenece la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos: haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras y permanecen adheridos al terreno propio, como los minerales y vegetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados y se esparcen por todos los ámbitos del globo.

La revolución inglesa y la independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones locales que sólo interesaron a la dinastía de un reino y a los pobladores de un Estado; pero la Revolución Francesa vino como sacudida continental,

hizo despertar a todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que "si la Iglesia se llama romana y católica, la Revolución tiene legítimo derecho de llamarse francesa y universal, porque el pueblo que la hizo es el que menos la aprovecha"[1].

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte a los últimos restos del feudalismo y establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 14 de julio muere la antigua sociedad francesa con sus privilegios y sus castas; pero el día que la Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surge para la Humanidad un nuevo mundo moral: desaparece el siervo y nace el ciudadano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, y el principio de autoridad pierde la aureola que le ciñeron la ignorancia y el servilismo.

Largas y tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban y todo lo derribaban; pero ante nada se amilanaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro, Francia misma les amagaba con explosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban a demandar o conceder tregua, y según la frase de Saint Just, "no recibían de sus enemigos y no les enviaban sino el plomo". Los revolucionarios combatieron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza y del clero, arrollados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluida la obra; faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de ser arma defensiva para convertirse en carga ofensora. Entonces surgió Napoleón.

---

1. *Le Christianisme et la Révolution Française.*

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos una antorcha, ese tirano, que no conoció respeto a la libertad ni amor a la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de libertad y justicia. Él divinizó la fuerza y, como nuevo Mesías de una era nueva, regeneró a las naciones con un bautismo de sangre. Fue el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Corán, sin otra ley que su ambición ni otro dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, y arrastrarlas ciegamente al pillaje y a la gloria, al crimen y al heroísmo, a la muerte y a la apoteosis. Con sus invencibles legiones se precipitaba sobre la tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógrado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los gérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. "Los pueblos, dice Michelet, despertaban heridos por el hierro, mas agradecían el golpe salvador que rompía su funesto sueño y disipaba el deplorable encantamiento en que por más de mil años languidecían como bestias que pacen la yerba de los campos."

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades, Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas gigantescas de Bonaparte; Francia experimentó siempre la nostalgia de la libertad y regresó a la república como a fuente de regeneración y vida.

II

La Revolución no se reduce al populacho ebrio y desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las

prisiones o guillotinadas en las plazas públicas. Frente a los energúmenos que herían sin saber a quién ni por qué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos y reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos y morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que "la Revolución no necesitaba de sabios", sobraron también hombres que, según la gráfica expresión de Víctor Hugo, buscaban "con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con Voltaire lo verdadero y con Diderot lo bello". ¿Quién no los conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthellot, Daubenton, Lamarck, Parmentier, Monge, Bailly, Condorcet, Lakanal y otros mil, pertenecen a la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad, hubo momentos en que Francia parecía retrogradar a la barbarie; pero verdad también que tras la acción impulsiva y perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada y reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre inteligente: fue movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

[1889]

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA[1]

LAMARTINE LAMENTABA que pueblo i escritores no hablaran la misma lengua i decía: “Al escritor le cumple trasformarse e inclinarse, a fin de poner la verdad en manos de las muchedumbres: inclinarse así, no es rebajar el talento, sino humanizarlo”.

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, i nadie les exije que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intenso. La oscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, i pretender que un ignorante las entienda con sólo abrirlas, vale tanto como intentar que traduzca un idioma sin haberle aprendido. ¿Cómo esponer en vocabulario del vulgo nomenclaturas químicas? ¿Cómo formular las teorías i sistemas de los sabios modernos? No

1. Este artículo, datado en 1890, corresponde a la campaña que, contra todo lo establecido, incluyendo el idioma, realizaba M.G.P. desde 1886 y principalmente desde 1888. Ya para entonces había sido excluido del personal que reorganizó la Real Academia de la Lengua, sección peruana. Además, circulaba en ese momento una poderosa corriente para independizar en cierto modo el habla de los americanos con respecto a los europeos. Tanto Andrés Bello como Domingo Faustino Sarmiento, en la polémica llevada a cabo en Santiago de Chile, 1842. Las proposiciones de M.G.P. reiteran, no descubren, los modos de caracterizar mejor la expresión escrita de lo hispanohablante de América. Rubén Darío también trató de establecer el uso de la contracción “del”, “della”, “desto”, en *Prosas profanas*, 1896, publicada dos años después de *Páginas libres* (1894). Aquí se sigue la ortografía que quiso emplear deliberadamente el autor (nota de L.A. Sánchez).

será escribiendo llegar a ser por *devenir*, otrismo por *altruísmo* ni salto atrás por *atavismo*. Se comprende que no haya labor tan difícil ni tan ingrata como la vulgarización científica: sin el vulgarizador, las conquistas de la ciencia serían el patrimonio de algunos privilejiados. Virjilio se jactaba de haber hecho que las selvas fueran dignas de ser habitadas por cónsules; los vulgarizadores modernos hacen más al conseguir que la verdad se despoje algunas veces de su ropaje aristocrático i penetre llanamente a la mansión del ignorante.

En la simple literatura no sucede lo mismo. Los lectores de novelas, dramas, poesías, etc., pertenecen a la clase medianamente ilustrada, i piden un lenguaje fácil, natural, comprensible sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma se requiere años enteros de contracción asidua, i no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas i consultando léxicos. El que se suscribe al diario i compra la novela o el drama, está en el caso de exijir que le hablen comprensible y claramente. La lectura debe proporcionar el goce de entender, no el suplico de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por *l'accesibilidad*, no formando el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero i Cervantes merecen llamarse injenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen profundidad de pozo que no da en agua, elevación de monte que vela entre nubes un pico desmochado.

Los autores franceses dominan i se imponen, porque hacen gala de claros, i profesan que “lo claro es francés”, que “l'oscuro no es humano ni divino”. I no creamos que la claridad estriba en decirlo todo i esplicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo dejando que el

público lea entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que esplican hasta las esplicaciones, como si el lector careciera de ojos y cerebro. El eximio dibujante, suprimiendo sombras i líneas, logra con unos cuantos rasgos dar vida i espresión a la fisonomía de un hombre; el buen escritor no dice demasiado ni mui poco i, eliminando lo accesorio i sobrentendido, concede a sus lectores el placer de colaborar con él en la tarea de darse a comprender[2].

Los libros que la Humanidad lee i relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas i desdeñan ornamentaciones minuciosas i pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hai amplia luz i vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

Las coqueterías i amaneramientos de lenguaje seducen a imajinaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas i aplausos de corrillo; pero "no cuadran con los espíritus serios que se arrojan valerosamente a las luchas morales de su siglo". Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la inmaculada trasparencia del lenguaje i la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad i claridad, todas las perfecciones se amenguan, desaparecen. Si Heródoto hubiera escrito como Gracián, si Píndaro hubiera cantado como Góngora, ¿habrían sido escuchados i aplaudidos en los juegos olímpicos?

Ahí los grandes ajitadores de almas en los siglos XVI i XVIII, ahí Lutero, tan demoledor de Papas como rejenerador del idioma alemán, ahí particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

---

2. Michel Bréal. *Mélanges de Mythologie et de linguistique*.

II

Afanarse porque el hombre de hoi hable como el de ayer, vale tanto como trabajar porque el bronce de una corneta vibre como el parche de un tambor. Pureza incólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fue puro? ¿En qué época i por quién se habló ese idioma ideal? ¿Dónde el escritor impecable i modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse i adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la sociedad ni adaptarse al medio? Nada recuerda tanto su inestabilidad a los organismos vitales como el idioma, i con razón los alemanes le consideran como un perpetuo *devenir*. En las lenguas, como en las relijiones, la doctrina de la evolución no admite réplica.

Un idioma no es creación ficticia o convencional, sino resultado necesario del medio intelectual i moral, del mundo físico i de nuestra constitución orgánica. Traslademos en masa un pueblo del Norte al Mediodía o viceversa, i su pronunciación variará en el acto, porque depende de causas anatómicas i fisiológicas.

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación i movimientos de segregación; de ahí los neolojismos o células nuevas i los arcaísmos o detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáxica. Gonzalo de Berceo i el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, i Cervantes le pedirá mui pronto.

Los descubrimientos científicos i aplicaciones industriales acarrean la invención de numerosas palabras que empiezan por figurar en las obras técnicas i concluyen por descender al lenguaje común. ¿Qué vocabulario no ha jeneralizado en menos de 40 años la teoría de Darwin? ¿Qué variedad de voces no crearon las aplicaciones del vapor i de la electricidad? Hoi mismo la Velocipedia nos sirve

d'ejemplo. Diccionarios especiales abundan en Francia, Inglatera i Estados Unidos para definir los términos velocipédicos; i no se diga que todas esas palabras o frases se reducen al argot de un corrillo; por miles, quizás por millones se cuentan hoi las personas que las entienden i emplean. La Velocipedia posee toda una literatura con sus libros, sus diarios i su público.

Paralelamente al movimiento descensional se verifica el ascensional. Basta cruzar a la carrera uno de los populosos i activos centros comerciales, señaladamente los puertos, para darse cuenta del inmenso trabajo de fusión i renovación verbales. Oímos todas las lenguas, todos los dialectos, todas las jergas i jermanías; vemos que las palabras hierven i se ajitan como jérmenes organizados que pugnan por vivir i dominar. Cierto, miles de vocablos pasan sin dejar huella, pero también muchos vencen i se imponen en virtud de la selección. La espresión que resonaba en labios de marineros i mozos de cordel, concluye por razonar en boca de sabios i literatos. Los neolojismos pasan de la conversación al periódico, del periódico al libro i del libro a l'academia.

I l'ascensión i descensión se verifican, quiérase o no se quiera: "la lengua sigue curso, indiferente a quejas de dramáticos i lamentaciones de puristas"[3].

El francés, el italiano, el inglés i el alemán acometen i abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, a tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del *Diccionario de galicismos*, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores d'España no lo ven o finjen no verlo, i continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejantes a la madre candorosa que pregona la virtud de una hija siete veces pecadora.

3. Arsène Darmesteter. *La Vie des mots*.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés i el italiano se corrompieran tanto que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París i Roma, ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad inmensa economía de fuerza cerebral, fuerza desperdiciada hoi en aprender tres o cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras i cúmulos de reglas gramaticales. ¿Qué me importaría no disfrutar el deleite de leer el *Quijote* en castellano, si poseo la inmensa ventaja d'entenderme con el hombre de París, Roma, Londres i Berlín? Ante la solidaridad humana todas las intransijencias de lenguaje parecen mezquinas i pueriles, tan mezquinas i pueriles como las cuestiones de razas i fronteras. Los provenzales en Francia, los flamencos en Béljica, los catalanes en España, en fin, todos los preconizadores de lenguas rejionales en detrimento de las nacionales, intentan una obra retrógrada: al verbo de gran amplitud, usado por millones de hombres i comprendido por gran parte del mundo intelectual, prefieren el verbo restrinjido, empleado por miles de provincianos i artificialmente cultivado por unos pocos literatos. Escribir *Mireïo* en provenzal i no en francés, *l'Atlántida* en catalán i no en español, es algo como dejar el ferrocarril por la dilijencia o la dilijencia por cabalgadura.

La lengua usada por el mayor número de individuos, la más dócil para sufrir alteraciones, la que se adapta mejor al medio social, cuenta con mayores probabilidades para sobrenadar i servir de base a la futura lengua universal. Hasta hoi parece que el inglés se lleva la preeminencia: no es sólo la lengua literaria de Byron i Shelley o la filosófica de Spencer i Stuart Mill, no la oficial de Inglaterra, Austria i Estados Unidos, sino la comercial del mundo entero. Quien habla español habla con España; quien habla inglés habla con medio mundo. Podría tal vez llamarse al español i al italiano lenguas de lo

pasado, al francés lengua de lo presente, al inglés i alemán lenguas del porvenir. Lenguas, más que viejas, avejentadas, todas las neolatinas necesitan espurgarse de la doble jerga legal i teológica, legada por el Imperio romano i la Iglesia católica.

El sánscrito, el griego i el latín pasaron a lenguas muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas i romanas enmudecieran completamente. Se apagó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros viven traducidos. Tal vez, con la melodía poética desos idiomas, perdimos la flor de l'Antigüedad; pero conservamos el fruto; i ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad? Cuando algunos en su entusiasmo por la literatura clásica, opinan que "nuestras lenguas decrépitas son jergas de bárbaros en comparación del griego i del latín"[4], no hacen más que aplicar a la Lingüística la creencia teolójica de la degeneración humana. El ser que sin auxilios sobrenaturales pasó del grito a la palabra i cambió los pobres i toscos idiomas primitivos en lenguas ricas i de construcción admirable, como las habladas en la India i Grecia, se habrá detenido i hasta retrogradado en el desarrollo de sus facultades verbales: hasta el sánscrito, progreso; después, retrogradación, porque según la lei de muchos, el sánscrito es superior al griego, el griego al latín, el latín a todas las lenguas neolatinas. Si algún día se descubrieran libros en lengua más antigua que el sánscrito, los sabios imbuidos de teolojía i metafísica probarían que esa lengua era superior al sánscrito. Sabemos más que nuestros antepasados i no hablamos tan bien como ellos. La función no ha cesado de ejercerse, i el órgano se atrofia o se perfecciona. El perfeccionamiento de las lenguas –la pretendida decadencia– ha consistido en pasar de la síntesis al análisis, así como el entendimiento pasó de la concepción en globo i a priori del Universo al estudio particular de los fenómenos i

---

4. *Histoire des Grecs.*

a la formulación de sus leyes. Cierto, vamos perdiendo el hábito de pensar en imájenes, las metáforas se transforman en simples comparaciones, la palabra se vuelve analítica i precisa, con detrimento de la poesía; pero, ¿la Humanidad vive sólo de poemas épicos, dramas i odas? ¿*El orijen de las especies* no vale tanto como la *Ilíada*, el binomio de Newton como los dramas d'Esquilo, i las leyes de Kepler como las odas de Píndaro? Dígase lo que se diga, hablamos como debemos hablar, como lo exijen nuestra constitución cerebral i el medio ambiente. No siendo indostanos, griegos ni romanos, ¿podríamos espresarnos como ellos? Una lengua no representa la marcha total de nuestra especie en todas las épocas i en todos los países, sino la evolución mental de un pueblo en un tiempo determinado: el idioma nos ofrece una especie de *cliché* que guarda la imajen momentánea de una cosa en perdurable trasformación. El verdadero escritor es el hombre que, conservando su propia individualidad literaria, estereotipa en el libro la lengua usada por sus contemporáneos; y con razón decimos la lengua de Shakespeare, la lengua de Cervantes, la lengua de Pascal o la lengua de Goethe, para significar lo que en una época determinada fueron el inglés, el castellano, el francés i el alemán.

Cuando nuestras lenguas vivas pasen a muertas o se modifiquen tan radicalmente que no sean comprendidas por los descendientes de los hombres que las hablan hoi, ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irreparable? La desaparición se verificará paulatina, no violentamente: como las naciones, como todo en la Naturaleza, las lenguas mueren dando vida. A no ser un cataclismo jeneral que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico se conservará ileso. Las conquistas civilizadoras no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales trasmitidas de hombre a hombre i hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química y la Física ¿serán menos Química i menos física en ruso que en chino? ¿Murió la jeometría de Euclides

cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana, ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma s'encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad. Cada pueblo admira en su lengua el *non plus ultra* de la perfección, i se imajina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín i los romanos s'escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la Edad Media vilipendiaban a Mahoma por haber escrito el Corán en arábigo i no en hebreo, griego ni latín, los árabes se figuraban su lengua como la única gramaticalmente construida i llamaban al habla de Castilla aljamía o la bárbara. Tras el francés que no reconoce *esprit* fuera de su Rabelais, viene el inglés que mira un ser inferior en el estranjero incapaz de leer a Shakespeare en el orijinal, y sigue el español que por boca de sus reyes ensalza el castellano como la lengua más digna para comunicarnos con Dios.

Como el idioma contiene el archivo sagrado de nuestros errores i preocupaciones, tocarle nos parece una profanación. Si dejáramos de practicar la lengua nativa, cambiaríamos tal vez nuestra manera de pensar, porque las convicciones políticas i las creencias relijiosas se reducen muchas veces a fetichismos de palabras. Según André Lefèvre, "de las mil i mil confusiones, acarreadas por espresiones análogas, nacieron todas las leyendas de la divina trajicomedia. La Mitolojía es un dialecto, un'antigua forma, una enfermedad del lenguaje"[5].

Con el verbo nacional heredamos todas las concepciones mórbidas acumuladas en el cerebro de nuestros antepasados durante siglos i siglos de ignorancia i barbarie: la lengua amolda nuestra intelijencia, la deforma como el zapato deforma el pie de la mujer china. Por eso, no hai mejor hijiene para el cerebro que emigrar a tierra estranjera o embeberse en literaturas de otras lenguas. Salir de la patria, hablar

5. *La relijión*, XIX.

otro idioma, es como dejar el ambiente de un subterráneo para ir a respirar el aire de una montaña.

Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, desde que las ideas retrógradas se pegan a los jiros anticuados, como el sable oxidado se adhiere a la vaina; se concibe también su horror sacrílego al vocablo nuevo, desde que el neolojismo, como una especie de caballo griego, lleva en sus entrañas al enemigo. Nada, pues, tan lójico (ni tan risible) como la rabia de algunos puristas contra el neolojismo, rabia que les induce a ver en las palabras un enemigo personal. Discutiendo en l'Academia francesa l'aceptación de una voz, usada en toda Francia pero no castiza, Royer Collard esclamó lleno de ira: “Si esa palabra entra, salgo yo”.

En la aversión de la Iglesia contra el francés i la preferencia por el latín, reviven el odio de la Sinagoga contra el griego i el amor al hebreo. Como la lengua griega significaba para el judío irrelijión i filosofía, el idioma francés encierra para el católico impiedad i Revolución, *Enciclopedia* i *Declaración de los derechos del hombre*. Es la *peste negra*, i hay derecho d'establecer cordón sanitario. Como el judaísmo vivía inseparablemente unido a la lengua hebrea, el catolicismo ha celebrado con el latín un'alianza eterna: el dogma no cabe en las lenguas vivas; a lo muerto, lo invariable; a la momia, el sarcófago de piedras.

III

El castellano se recomienda por la energía, como idioma de pueblo guerrero i varonil. Existe lengua más armoniosa, más rica, más científica, no más enérgica: sus frases aplastan, como la maza d'Hércules, o parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoi nos sorprendemos con la ruda franqueza i el crudo naturalismo de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos ni disimu-

los, i hasta parece que pasáramos a lengua estranjera cuando, después de leer por ejemplo a Quevedo (al Quevedo de las buenas horas), leemos a esos autores neoclásicos que usan una fraseolojía correcta i castiza.

En los siglos XVI i XVII hubo en España una florescencia d'escritores que pulimentaron i enriquecieron el idioma sin alterar su índole desembarazada i viril. Los poetas, siguiendo las huellas de Garcilaso, renovaron completamente la versificación al aclimatar el endecasílabo italiano: con la silva, el soneto i la octava real parece que el injenio español cobró mayores alas. Para formarse idea del jigantesco paso dado en la poesía, basta comparar las coplas de Ayala o las quintillas de Castillejo con la *Noche serena*, la *Canción a las minas de Itálica* i la *Batalla de Lepanto*. Los prosadores no se quedaron atrás, aunque intentaron dar al período colosales dimensiones, imitando ciegamente a Cicerón. Sin embargo, en cada escritor, señaladamente en los historiadores, trasciende la fisonomía personal, de modo que nadie confunde a Melo con Mariana ni a Mendoza con Moncada. Cierto, ninguno llegó a l'altura de Pascal o Lutero: los heterodosos no fueron eminentes prosadores, i los buenos escritores no fueron ortodosos. El mayor defecto de los autores castellanos, lo que les separa de la Europa intelectual, lo que les confina en España dándoles carácter insular, es su catolicismo estrecho i menguado. Se siente en sus obras, como dice Edgar Quinet, "el alma de una gran secta, no el alma viviente del jénero humano". Fuera de Cervantes, ningún autor español disfruta de popularidad en Europa. Duele imajinar lo que habrían realizado un Góngora i un Lope de Vega, un Quevedo i un Calderón, si en lugar de vivir encadenados al dogma hubieran volado libremente o seguido el movimiento salvador de la Reforma. En el orden puramente literario, Saavedra Fajardo insinuó algo atrevido i original: despojar el idioma de idiotismos i modismos, darle una forma precisa i filosófica, tal vez matemática. Dotado de más injenio habría iniciado en la prosa una revolución tan fecunda como la realizada por Garcilaso en el verbo;

pero queriendo imitar o correjir a Maquiavelo, se quedó con su *Príncipe cristiano* a mil leguas del gran florentino.

A mediados del siglo XVIII surjió un linaje de prosadores, peinados i relamidos, que esajeraron el latinismo de los escritores de los siglos anteriores, i de un idioma todo músculo i nervios hicieron una carne escrecente i fungosa. Por la manía de construir períodos ciceronianos i mantener suspenso el sentido desde la primera hasta la última línea de una pájina en folio, sustituyeron al encadenamiento lójico de las ideas el enlace caprichoso i arbitrario de las partículas. Sacrificaron la sustancia a la rotundidad i construyeron esferas jeométricamente redondas, pero huecas.

Verdad, en nuestro lenguaje se refleja la esuberancia i la pompa del carácter español: el idioma castellano se goza más en lo amplio que en lo estrecho, parece organizado, no para arrastrarse a gatas, sino para marchar con solemnidad y magnificencia de reina que lleva rica i aterciopelada cola. Pero, verdad también que entre el lenguaje natural i pintoresco del pueblo español i el lenguaje artificial i descolorido de sus escritores relamidos media un abismo.

La frase pierde algo de su virilidad con la superabundancia de artículos, pronombres, preposiciones i conjunciones relativas. Con tanto *el* i *la*, *los* i *las*, *él* i *ella*, *quien* i *quienes*, *el cual* i *la cual*, las oraciones parecen redes con hitos tan enmarañados como frájiles. Nada relaja tanto el vigor como ese abuso en el relativo *que* i en la preposición *de*. Los abominables pronombres *cuyo* i *cuya*, *cuyos* i *cuyas*, dan orijen a mil anfibolojías, andan casi siempre mal empleados hasta por la misma Academia española. El pensamiento espresado en inglés con verbo, sustantivo, adjetivo i adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles, una retahíla de pronombres, artículos i preposiciones. Si, conforme a la teoría *spenceriana*, el lenguaje se reduce a máquina de transmitir ideas, ¿qué se dirá del mecánico que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios i conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, compite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas i hasta de inventar palabras. Lo último dejenera en calamidad jermánica, pues filósofo que inventa o se figura inventar un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como l'aplicación del libre examen al lenguaje. L'asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía: los poetas jermánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el orijinal, el mismo número de sílabas i la misma colocación de las consonantes. A más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, i, como los ingleses, cantan con admirable sencillez cosas tan llanas i domésticas que traducirlas en nuestra lengua sería imposible o dificilísimo. Mientras en castellano el poeta se deja conducir por la forma, en alemán el poeta subyuga rima i ritmo. Los versos americanos i españoles ofrecen hoi algo duro, irreductible, como sustancia rebelde a las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En mui reducido número de autores, señaladamente en Campoamor, se descubre la flexibilidad jermánica, el poder soberano de infundir vida i movimiento a la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino prosa hablada i prosa escrita: hombres que en la conversación discurren llanamente, como cualquiera de nosotros, s'espresan estrafalaria i oscuramente cuando manejan la pluma: como botellas de prestidijitador, chorrean vino i en seguida vinagre. Parece que algunos bosquejan un borrador i en seguida emprenden una traducción de lo intelijible i llano a lo inintelijible i escabroso; i el procedimiento no debe de ofrecer dificultades insuperables, cuando individuos profundamente legos, tan legos que no saben ni los rudimentos gramaticales, logran infundir a su prosa un aire añejo i castizo. Con períodos

kilométricos salpimentados de inversiones violentas; con lluvias de modismos, idiotismos i refranes cojidos al lazo en el diccionario; con decir *peinar canas* por tener canas, *parar mientes* por atender, *guapa moza* por joven hermosa, *antojeme* por me antojé o *díjome* por me dijo, se sale airosamente del apuro. El empleo de refranes, aunque no sea novedad (pues Sancho Panza dio el ejemplo), posee la ventaja de hacer reír con chistes que otros inventaron. Todo esto, más que lucubración de cerebro, es labor de mano: hacer listas de frases o palabras i luego encajonarlas en lo escrito. Obras compuestas con tal procedimiento seducen un rato, pero acaban por hastiar: descubren el sabor *libresco* i prueban que el peor enemigo de la literatura se encierra en el diccionario.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad i tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisbea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas i las jenuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos i la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

Montaigne gustaba de "un hablar injenuo i simple, tal en el papel como en la boca, un hablar suculento i nervudo, corto i conciso, no tanto delicado i peinado como vehemente i brusco". Hoi gustaría de un hablar moderno. ¿Hai algo más ridículo que salir con *magüer*, *aina mais*, *cabe el arroyo i doncel acuitado*, mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora i pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa i alimenticia, como estracto de carne; una lengua fecunda como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelve períodos con el estruendo i valentía de las olas en la playa; una lengua

democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico i hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje.

[1889]

LIBERTAD DE ESCRIBIR[1]

I

CUANDO EJERCEMOS cargos concejiles, pagamos contribuciones o salimos a morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaguillos, curas, canónigos, obispos y arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la Comisión de Espectáculos, especie de Inquisición formada por hombres ignorantes que se arrogan la facultad de poner límites a la inspiración del dramaturgo y practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil y morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo del obispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente y la emboscada del esbirro.

1. Cuando M.G.P. escribió este artículo (1889), su producción en prosa estaba siendo crecientemente vetada. En 1888 la gran prensa limeña, por coerción oficial y por autocensura, se negó a publicar los discursos del Politeama y del Olimpo. Existía además la censura municipal a que trataron de uncir como juez a González Prada. Su credo sobre el deber y los derechos del escritor –credo libertario, democrático y anarquista– se concreta en estas páginas (nota de L.A. Sánchez).

II

El Reglamento de Teatros, vigente desde 1849, parece redactado por doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

> Artículo 34.– Cuando el censor sólo encuentre impropias o indignas de exhibirse una o algunas escenas, pasajes o frases de las obras, no prohibirá su representación, sino que suprimirá o sustituirá las partes censurables, si de ello no resultase deformidad.

Así, pues, cuando la Junta Censora hoy Comisión de Espectáculos reciba una tragedia de Quintana, una comedia de Bretón o un drama de Echegaray, el censor de turno,ya sea leguleyo, mercachifle o boticario, tiene derecho de enmendar los yerros a un Echegaray, a un Bretón o un Quintana.

Y esa manía de alterar o mutilar obras se propaga de modo amenazante: cómicos de la lengua, motilones hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen y componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos autores.

La Comisión de Espectáculos, tan meticulosa en conceder *pase* a comedias erizadas de algunas púas contra gobiernos o congresos, contribuye más que nadie a convertir el escenario en plaza de toros al fomentar la representación de inepcias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hay ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión a los hombres públicos, y ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas o bailes de vientre. Especialistas en coreografía, los miembros de la Comisión avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la trasparencia en el calzón de punto y la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La Comisión, que traquea siempre a los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros y empresarios: a todos les considera como dependientes, subordinados o domésticos de la municipalidad. A más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario y al actor con gastos de licencia, multas y cuanta gabela cabe imaginarse. No se cuentan las entradas de favor y localidades gratis para los miembros de la Comisión, sus parientes y sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden a número considerable.

Por fin, en la Comisión de Espectáculos, todos hacen y deshacen de los edificios, como atacados de monomanía arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya, éste ensanchar un pasadizo, aquél bajar un techo, sin que falte alguno que ordene dorar las cornisas o poner asientos colchados para que descanse muellemente su esposa o su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel y más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille y un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares y Pepe Hillo.

III

Por aberración inaudita, vivimos hoy bajo la Ley de Imprenta promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código Penal de 1862 no avanza mucho sobre la Ley Orgánica de 1823: las penas señaladas a los hombres que intenten mudar la religión del Estado escandalizarían a los menos intolerantes. Algunos artículos de tal Código parecen fragmentos arrancados a un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Ley de Imprenta. Y sobran razones para temer un retroceso el día que senadores y diputados modifiquen la Ley de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos y desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene dejo a cobre.

El escritor irreligioso no sufre hoy la pena de asistir leprosos o enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado a expatriación o arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados gobiernos, la independencia del jurado y el buen juicio del pueblo sirvieron de correctivo al espíritu menguado de la ley. No puede ne garse que en el carácter nacional se encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado y aguzado por el clero, el Perú rechaza hoy la persecución religiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia de escritos contra el dogma o andan a caza de herejes y librepensadores. Parodiando a Federico el Grande, los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. La autoridad eclesiástica da el grito de alerta para que la autoridad civil ordene la denuncia del escrito y abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro y menudean los latidos, para lanzar al galgo en la pista del venado.

El Gobierno toma la cuestión a cargo y despliega la autocracia de su poder, cuando se trata de escritores oposicionistas y periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hay voz, diario, libertad ni garantías para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales o resiste a sufrir una depresión moral en las antesalas de palacio.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taparle la boca. Y el día que se impone silencio al escritor independiente y valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el Congreso discute el ascenso de un coronel o la demarcación

territorial de Chumbivilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rímac o la colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los gobiernos emplean el régimen de multas y depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar quinientos soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos y multas rezan sólo con los diarios independientes, o mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes o eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única expresión sincera del sentimiento popular.

Hoy no existe, pues, libertad en el diario ni independencia en el diarista, y la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce a fórmula o convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos a batalla donde se arroja plomo, sino a simulacro donde se quema pólvora.

Todos los gobiernos, al inaugurarse, "ofrecen garantías a la emisión del pensamiento, y se congratulan de ver en la prensa o cuarto poder del Estado un colaborador inteligente para la magna obra de la regeneración nacional". Otorgan unos pocos meses de respiro y desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso y concluyen por justificar a los anteriores gobiernos. Entonces regresamos a la vida normal: en nuestro régimen político, la legalidad y la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos y los Echeniques, los Baltas y los Piérolas, los Iglesias y los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar a las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, religiosas y sociales no se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen o consagran toda su fuerza intelectual a discusiones insípidas, rastreras y ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual y el interés casero. El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? Pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para ser leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas y comunicados? Improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para ser leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de gitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta y venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hay remedio mejor que libertarla. El diario más libre a la vez que más instructivo y moderado se encuentra hoy en la Gran Bretaña. Cierto periódico inglés, sea cual fuere su tinta, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar a los intereses humanos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pugilato de dos individuos en las columnas de un periódico; y recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fue la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del panfleto soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida y agitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden a eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios de Estados Unidos, Italia, Bélgica y hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimieron nunca ni se imprimirán tal vez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; y todas las ideas, por absurdas y estrafalarias que parezcan, poseen su órgano y su público. Y nadie goza de privilegio. No se hable de Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es republicano, y de todas las republicanas si es demócrata pero hágase una rápida excursión a las monarquías, y se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura o del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como ungidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que el del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, y en algunas partes reina tan mezquina y meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados a pedir la hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea y resuelve los más arduos problemas sociales, dirige flechazos a las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata y adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario y acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres o apodos.

Y ¡aquí nos hacemos cruces con la caricatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde asoman algunas punzadas contra las autoridades y ponemos el grito en el cielo por la comedia

salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas y sofísticas, y creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar "el santuario de la vida privada", hablamos de acogernos "al sagrado del hogar doméstico" y sentamos el principio de combatir las ideas del hombre público sin entrar en las faltas del individuo.

V

La distinción entre vida pública y privada, esa invención de los astutos para blindarse el sitio vulnerable, presenta su lado cómico, pues el individuo que al sentirse herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público o el privado, no hace más que parodiar a Maître Jacques, al anfibio criado de Harpagon, cuando preguntaba socarronamente a su amo: "¿Con el cochero habla usted o con el cocinero?".

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, y nadie, por más agudeza de ingenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad y vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la *berruga* y de la *moza* debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituir a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la *moza* y la *berruga*. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? Quien sabe la psicología de ciertos individuos explica bien la desviación siniestra de los ojos o el arqueo de la espina dorsal. Las

anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. No se cura al enfermo colocándole bajo su almohada un libro de terapéutica o cirugía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole el *Espíritu de las leyes*, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

Donde la actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hay que derrocar personas antes de elucidar principios. ¿A qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿A qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿A qué fingir que tiramos al aire, cuando dirigimos la flecha contra el ojo de Filipo? En vez de alusiones hipócritas y solapadas, en vez de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal y desembozado ataque al grupo y al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión de espectros. Cuando combaten dos ejércitos no se entretienen en destrozar a balazos las banderas enemigas: dirigen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Y ¡qué! el agresor ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras ¿no se expone a recibir mandobles mortales? Los políticos se defenderán astuta y eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de los *pabellones negros* que abren su agujero en la tierra, se ocultan, y el instante menos pensado descargan el rifle a la espalda del enemigo.

Cierto, el individuo que no se ingiere en las luchas políticas y vive modestamente confinado en la penumbra del hogar, puede exigir el silencio y el olvido; a nadie toca, nadie tiene derecho de tocarle; pero el hombre que se lanza a la contienda pública y osadamente se expone a la luz meridiana en calles y plazas, no debe lamentarse ni

protestar al verse examinado con microscopio y descrito en sus más minuciosos rasgos intelectuales, morales y físicos: sube al escenario, y todos adquieren derecho de aplaudirle o silbarle.

Y conviene no reconocer diferencia entre el político de acción y el periodista, considerándole como un político pasivo: el hombre que se instituye juez o acusador de los gobiernos, director espiritual de las muchedumbres y propagandista o defensor de una idea, ese hombre ejerce una función pública: pertenece a todos como el actor y el político. ¿Quién ignora que la palabra elocuente de un periodista ejerce más influencia en la marcha de un Estado que las leyes de un Congreso y los decretos de un ministro? Si es mucha la acción, que sea mucha la responsabilidad. Y ¿ante quién se hará efectiva?, sólo ante la opinión pública que para fallar bien necesita conocer la vida íntima del periodista.

Se ha dicho con muchísima razón: "Los hombres que gastan su actividad en las luchas políticas y ejercen acción sobre los acontecimientos del mundo, pertenecen a la discusión y no se escaparán con la muerte ni con el tiempo". En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, y nadie protesta. Si juzgamos a los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos, ¿por qué no juzgaremos de igual modo a los vivos, que tienen lengua para hablar y manos para mover la pluma y la espada?

No hay, pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro y se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar la casa del hipócrita para exhibirle y escarnecerle, haciendo que su castigo sirva de provechosa lección. El hombre público no queda a salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acuclillarse en un rincón de su alcoba o introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su nido ¿dejamos de aplastarla? Porque el tigre se esconde en su cubil ¿dejamos de abalearle?

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que a la altivez y franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores: hipócritas, pero no arrepentidos, que sientan zumbar el azote justiciero.

VI

Nosotros, como habitadores de verdadero limbo intelectual, nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de donde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos y teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas y comisiones de espectáculos, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, y dejemos al público frente a frente del autor para que ensalce al bueno y ejecute al malo. No temamos la invasión de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo y pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, y si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en la representación de un drama pornográfico y nauseabundo, recibe la obra que merece. España nos da el ejemplo: en Madrid no existe censura teatral. ¿Acaso los teatros barceloneses y madrileños se distinguen por la relajación y la licencia? Nada, pues, de leyes arcaicas y restrictivas: acudan todos, buenos y malos autores, que el tiempo depurará las obras para conceder a las buenas el lugar debido. Como en el orden físico el monstruo perece, así en el mundo intelectual lo malo desaparece en el olvido.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos y subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, y sólo en caso de injuria inmerecida o de imputación calumniosa, dejemos a ofensor y ofendido batallar con el jurado. ¿Hay algo tan ilógico y tan absurdo como penar la injuria

merecida y la difamación cuando se prueba la verdad del hecho imputado? Si llamamos estafador al estafador, falsario al falsario y asesino al asesino, aparte de no decir más que la verdad, practicamos la buena acción de informar a los hombres honrados para que se guarden y precavan del estafador, del falsario y del asesino. ¡Cómo!, un ladrón me desvalija en una calle pública, cien testigos presencian el acto, la justicia impone una pena al delincuente, la sentencia se publica en los diarios, y yo no puedo afirmar con la pluma que mi ladrón es un ladrón. Se dirá que el delincuente de ayer puede ser hoy un hombre honrado; posible, y en ese caso le queda la misma prensa donde se le difama para manifestar su arrepentimiento y su corrección. El solo hecho de considerarse a la difamación como un delito, manifiesta que las leyes sociales se fundan en la hipocresía. ¿Que las cosas son dadas muchas veces en provecho de los bribones? ¿Qué puede temer de la injuria o de imputación calumniosa el honrado? ¿Qué puede temer la persona honrada? El buen nombre es una usurpación si no se funda en la verdad; si se funda en ella no hay miedo de perderlo, porque si el médico me llama tuberculoso ¿tengo yo los pulmones llenos de microbios?

¿Por qué autorizar la ingerencia del clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código Penal delitos y faltas contra la religión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el catecismo de perseverancia, ¿por qué no castigamos también el teólogo que en sus panegíricos infringe *el arte de hablar*? Pecado contra pecado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, jurados mixtos; y si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la gramática.

El Estado, al infligir penas por los delitos religiosos, se arroga el derecho de fallar en asuntos que no conoce ni le competen. ¿Cómo sabe que la religión católica es la única verdadera? Al afirmarlo

implícitamente con sus leyes, se convierte en concilio ecuménico, falla ex-cátedra y se infiere en cuestiones resueltas por alguien más competente que el Estado –la ciencia. A más, cuando se pena al hereje y al incrédulo, se corre el peligro de herir a la parte más esclarecida de la sociedad, a la que sabe y piensa. Aunque la Iglesia fragüe leyendas sobre la vida y la muerte de sus enemigos, el dictado de hereje, en lugar de significar vergüenza y oprobio, sirve de timbre glorioso para designar al hombre que desea ver con sus ojos y caminar con sus pies.

Muchos apologistas de la secta romana ven un milagro patente de la divina Providencia en el establecimiento, propagación y persistencia del catolicismo. ¿Por qué tanto miedo entonces a la libertad de imprenta y a la propaganda irreligiosa? ¿Temen acaso los buenos creyentes que con el simple artículo de un hereje la divina Providencia varíe de convicción y cese de continuar el milagro?

Con la libertad de imprenta se concede al catolicismo una ocasión magnífica para confundir a sus detractores, afianzar su triunfo y más que todo justificar sus jactancias, porque no hay mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo argüir ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la religión católica se llama luz, ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza, ¿por qué rehuye el combate? Si verdad, ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballeros a sabios y filósofos; pero observan la buena preocupación de cortar las manos al paladín que intenta recogerlo. La Iglesia comprende muy bien su precaria situación y no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta luz en candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de mediana pluma para destripar su firmamento de *baudruche*. De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una religión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado de carbones ardientes.

En ningún tiempo ni en ningún país convino más la libertad de escribir que hoy en las naciones sudamericanas. Las ideas muertas y enterradas ya en Europa, renacen para cundir y dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces y con distintos nombres, las falanges retrógradas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia y el Perú mismo, les sirven de fortalezas y cuarteles generales. La última batalla contra lo viejo y lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable y tenaz, porque las preocupaciones religiosas se parecen a los bueyes de la *Odisea*, que muertos y asados mugen.

A todas horas y en todas partes se clama por la regeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas o no disfrute de garantías para encararse con el poder y fustigarle por las concusiones, las ilegalidades y las injusticias.

Hay hombres civilizados que logran atrofiar la cabeza de los vivos, como los guambizas del Morona consiguen reducir a pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra Ley de Imprenta, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.

[1889]

PROPAGANDA Y ATAQUE[1]

I

VICIO CAPITAL de la literatura peruana, la fraseología. Tómese un diario y recórrase el editorial: ¿qué se encuentra? palabras. Tómese un semanario y léase las composiciones en verso: ¿qué se encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras y palabras!

Padecemos de logomanía o logomaquia y deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar a los lacedemonios y fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas; no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente y a la frase la extensión indispensable: podemos ser difusos en una línea y concisos en un volumen.

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo y hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente

1. Los discursos del Ateneo, el Palacio de la Exposición y el Olimpo pueden conectarse en la fórmula inicial del presente ensayo, que contradice toda la obra en verso de su autor y alguna de su prosa. El carácter utilitario y combativo que se asigna aquí a la literatura no puede ser más seco: difundir lo propio, destruir lo ajeno. En 1888, el año de su gran definición, tal lema era oportuno y hasta exacto. La parte medular aparece en *La luz eléctrica* (nota de L.A. Sánchez).

que se derrama por cauce pedregoso y ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión y vaguedad de la turbamulta, se delinean dos grupos de escritores: unos que hablan a lo Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos y refranes; otros que se expresan a lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes y enrevesados.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, jerigonza periodística, jerigonza criollo-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas a la piel. Todo hay, menos el estilo franco y leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencie al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yo. Todo hay menos el lenguaje claro y sustancioso, con la virtud del agua y del pan, no cansar.

No surge una personalidad eminente que seduzca y se imponga, lo que es un bien y un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce a imitación y ahoga la libre iniciativa del individuo; un mal, porque no habiendo superioridades, las falsificamos y nos convertimos en adoradores de medianías y mediocridades.

Los viejos se repiten o se esterilizan, los jóvenes no se estereotipan aún con rasgos definidos y claros. Muerto Althaus, paralítico y moribundo Salaverry, expatriado Arnaldo Márquez, tal vez por carecer aquí de aire y espacio, ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoy un Montalvo y un Llona, un prosador y un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítico, sangre anémica. ¿Y cómo pensaremos bien si todavía respiramos en atmósfera de la Edad Media, si en nuestra educación giramos alrededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos expeler el virus teológico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros con presunción de sanos reina espantosa

confusión, pues las ideas más divergentes y divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lógica: soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin lleva peroración en defensa del Génesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imagínese la promiscuidad de un ejército en derrota, o el revoltijo después de un incendio: por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega y las alhajas de una joyería, brotan en risible confusión, nabos y rubíes, garbanzos y brillantes, roscas de morcilla y collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal o liberalismo católico. Periodistas y literatos arrojan a un solo molde el *Syllabus* y la *Declaración de los derechos del hombre*. Adoran en dos altares, como ciertas mujeres consagran al rezo la mitad del día y al amor libre la otra mitad. Olvidan que el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria: organismos con alas de pájaro y cuerpo de reptil, seres que hoy vuelan y mañana rastrean.

Muchos, con aire de emprender el décimotercio trabajo de Hércules, cogen la pluma y disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos y especialmente sobre los dos tesoros de su arca santa, el *patronato nacional* y el *exequátur*; pero cuando se ofrece aceptar los principios de la ciencia positiva y aplicar sus lógicas y tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, y ¡adiós decimotercio trabajo de Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces liberales parecen orgías bajo la cúpula de una catedral: entre choque de vasos, vapores de vino y gritos blasfemos, se escucha de cuando en cuando el resoplido del órgano, la interminable salmodia de fraile soñoliento y el chisporroteo de velas hisopeadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se resume en una línea: congestión de palabras, anemia de ideas.

Inténtese hablar al pueblo de sus intereses y fácilmente comprenderá que si antes se hizo todo con él, pero en beneficio de unos cuantos, llega la hora que él haga todo por sí y en beneficio propio. Al escritor le cumple abrir los ojos de las muchedumbres y aleccionarlas para que no las coja desprevenidas el gran movimiento de liquidación social que se inicia hoy en las naciones más civilizadas.

Harto se habló a la Humanidad de sus obligaciones, para que se recuerde ya de sus derechos. ¡Abajo esas mentiras convencionales de respeto y resignación! Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetables, sirvieron de cómplices a la tiranía religiosa, política y social. Consideramos el transcurso de siglos como una sanción, cuando, por el contrario, los errores más antiguos merecen más odio y guerra más implacable, porque más tiempo engañaron al hombre y más perjuicio le causaron. Abramos bien los ojos y veremos claro: veremos que muchos individuos nos "parecen colosos porque al medirnos con ellos nos arrodillamos", veremos que respetamos hoy como sagradas las abominaciones que nosotros mismos consagramos ayer, veremos que nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas a la bujía y se espanta con la gigantesca proyección de su propia sombra.

Esa palabra *resignación*, inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades y atropellos, debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitemos al poderoso algo de su poder, al rico algo de su riqueza, y veremos si conocen y preconizan la *resignación*. La Tierra produce aún los frutos necesarios para alimentar holgadamente a la Humanidad, continúa siendo para sus hijos la madre de fecundas y preñadas ubres, y si hay hambre y miseria en unos mientras hay hartazgo y

riqueza en otros, es porque el hambriento y el miserable, en lugar de rebelarse y combatir, se resignan cristianamente a sufrir su desventurada suerte.

Basta ya de compensaciones celestes y de esperanzas ilusorias en una justicia sobrehumana, basta de narcóticos y derivativos que desalientan para la acción, relajan la energía y convierten al hombre en la eterna víctima del hombre. Nadie se halla en la obligación de sufrir para que otros gocen, de ayunar para que otros coman, de morir para que otros vivan. Por el contrario, los desheredados tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse a su desgraciada condición. ¿Por qué desmayar de hambre a las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar y sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la violencia más o menos solapada, y combatirles violentamente es ejercer derecho de contestar a la fuerza con la fuerza.

El *respeto* y la *resignación* pueden haber llenado el martirologio romano y el cielo; pero sólo el irrespeto y la rebeldía conquistaron la Naturaleza y cubrieron de flores el camino de la Humanidad. Un solo acto de rebeldía suele producir más bienes a la especie humana que todas las *resignaciones* y todos los *respetos*. Donde irradia un foco de luz, donde se derrumba una preocupación o un error, donde surge algo que sublima el pensamiento y ensancha el corazón, estemos seguros que ahí corrieron el sudor y la sangre de algún irrespetuoso y de algún rebelde.

Y ¿a quién le cumple más que al escritor la indisciplina y la insumisión? El debe marchar siempre a la cabeza de los insumisos e indisciplinados, tan ajeno a los aduladores del poder como a los cortesanos de la muchedumbre. Para demandar justicia no aguarda hora propicia ni ocasión favorable, sino que la exige siempre en todo lugar, principalmente cuando se corre peligro al demandarla y cuando todos tiemblan y callan. Y en esto se diferencia del político.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenciones, circunloquios y estratagemas, mientras que el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, sin que le importe nada herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes y fanáticas.

II

Muchos pueblos, al sufrir un descalabro, guardan la fuerza de elasticidad suficiente para regresar al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes a la diosa rutina, el respeto servil a hombres huecos e instituciones apolilladas, a mitos aéreos y entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote o a la carga, nosotros no salimos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, a la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente y amando las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de sol, como gitanos en feria: tratando de engañarnos sórdidamente, como tahúres en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos y opresores.

A juicio de Bolívar, "no hay buena fe en América ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida un tormento". En el Perú de hoy, no existe honradez privada ni pública: todo se viola y pisotea cínicamente, desde la palabra de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión y mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra defensiva contra la envidia, calumnia y rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homogéneos o, cuando menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres y sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientre. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario y compacto, porque los ciudadanos útiles y probos esquivan la lucha, se sustraen a la acción y viven acurrucados en el carapacho de su yo. El malo triunfa y manda, hace y deshace, mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la digestión.

¿Qué tenemos? En el Gobierno, manotadas inconscientes o remedos de movimientos libres; en el Poder Judicial, venalidades y prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor y discusiones soporíferas sin chispa de elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ninguno se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama y conformidad musulmana porque nada se espera. Pueblo, Congreso, Poder Judicial y Gobierno, todo fermenta y despide un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios y crímenes.

El escritor no se exime del envilecimiento general. ¿Dónde la boca libre que hable a las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera engendrada por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un cargo público, enmudece o aplaude, el diarista que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera y ataca: con rarísimas excepciones, sólo hay cortesanos rastreros u opositores despechados. Los que distribuyen la propina y marchan, como ídolos de la India, contemplando a sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, ésos saben lo que significan las reverencias del periodista en el editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario y las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Como profesamos un liberalismo a flor de piel, como nos hicimos al grillete del colono, ignoramos hacia dónde tenemos que ir y no acertamos ni a mover los pies con desembarazo. La independencia nos abruma, como una montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, regresan a revolotear y piar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortesanos que elegían a sus mecenas entre los duques y los marqueses, nosotros mendigamos patrocinio y renta de gobiernos, congresos y municipalidades. A la mendicidad de los individuos responde la mendicidad colectiva: las sociedades libres demandan subvenciones y carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la ciencia y de la literatura.

Mas, sería muy aventurado afirmar que nuestra miseria social venga exclusivamente de la guerra con Chile: cierto, la derrota apoca, pone en relieve todos los vicios del vencido, infunde gran desaliento en los ánimos, pero no cambia súbita y radicalmente el modo de ser de una sociedad; una conquista duradera u ocupación secular es una inoculación, una guerra de pocos años es una simple sangría. Podremos estar anémicos, mas ¿por qué agangrenados? Lo natural habría sido que, pasada la guerra, hubiera *venido* la reacción.

Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias y científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados y médicos, vuelven los ojos a España en la actividad vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados y maestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban y crecían con la librea del amo.

En resumen, hoy el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

III

Ardua tarea corresponde al escritor llamado a contrarrestar el influjo del mal político: su obra tiene que ser de propaganda y ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar la acción colectiva, sino el esfuerzo individual y solitario, acaso no se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico y la hoja suelta. Pero actúese personal o colectivamente, de nada serviría la más fogosa propaganda si no viniera simultáneamente con el ataque decidido a política y políticos.

¿Qué fue nuestra política? El arte de gobernar a los hombres como se gobierna una máquina o un rebaño. ¿Qué nuestros políticos? Sindicato de ambiciones malsanas donde por una selección invertida predominaron como flor y nata el médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscriptores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el ingeniero sin contratas, el militar sin hojas de servicios y señaladamente el abogado sin pleitos.

Por el rodadero de la política bajó todo a corromperse en charco cenagoso y pútrido. Las más preciosas discusiones de forma y de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales o de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros pandillajes berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Sacudimos la tutela de los virreyes y vegetamos bajo la tiranía de los militares, de modo que nuestra verdadera forma de gobierno es el *caporalismo*. Emancipamos al esclavo negro para sustituirlo con el esclavo amarillo, el chino. El substrátum nacional o el indio permanece como en tiempo de la dominación española: envuelto en la misma ignorancia y abatido por la misma servidumbre, pues si no siente la vara del corregidor, gime bajo la férula de la autoridad o del hacendado; si no paga tributo en oro, da contribución en carne; si no

muere en la mina, sucumbe en los campos de batalla. Hasta vamos haciendo el milagro de matar en él lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza. La historia nacional se resume en pocas líneas: muchas reformas políticas en cierne, adelantos sociales casi ninguno, es decir, estancamiento; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos y la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común y el nivel intelectual de las masas.

Y sin embargo, la política resume todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las universidades, ¡qué!, hasta en los bancos del colegio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan a las pequeñeces del *medio* y adquieren todos los refinamientos y malicias del cortesano envejecido con la adulación y la mentira. No les pidamos el noble sentimiento de independencia, nada de lo que en otros países constituye el patrimonio de las almas recién abiertas a la conciencia de la vida. Su físico mismo les caracteriza: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo, la sumisa inflexión de la voz, denuncian al hombre destinado a momificarse bajo la piel de un senador, de un ministro, de un juez o de un mero empleado. Que la política no se diferencia de la magistratura ni de la administración o empleomanía y parasitismo: del cargo público se sale a la política, y de la política se vuelve al cargo público, de manera que los tres poderes públicos deben ser considerados como talleres donde se fabrica el artefacto nacional: el empleado. Como hubo castas en Indias y *maestrías* en la Edad Media, así hay en el Perú familias de presupuestívoros o empleados por herencia secular. Para esas familias toda profesión, toda carrera, toda industria son estaciones para llegar a la caja fiscal. Hombres que en artes, ciencias o industrias hubieran dejado una huella luminosa, malograron sus buenas cualidades y en lo mejor de la vida se hicieron inválidos de la inteligencia. A las puertas del Congreso, de Palacio y de las oficinas públicas, deberíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de una aldea.

Si la política es el mal, si el político es el enemigo, ¿ha de concluirse que el escritor viva encerrado en sí mismo, ajeno a las evoluciones de su país, como ser caído de un astro superior? Por excluirse un hombre de la política ¿deja de verse influido y arrastrado por los acontecimientos? Cuando un partido retrógrado invade el poder y promulga leyes restrictivas de la libertad de imprenta, ¿no sufre daño directo el escritor? Quien vive cerca de un pantano, lejos de querer prescindir de los miasmas, trata de aplicar el drenaje a las aguas detenidas. Aún más, aunque un hombre se libre de un perjuicio, ¿no le sufren los otros? Por un egoísmo cobarde y frío, ¿dejaremos desencadenarse el aluvión porque arrastra al vecino sin amenazarnos a nosotros? Si algo debe lamentar el hombre que siempre manejó la pluma es no haber consagrado los mejores años de su vida a colaborar en una obra de regeneración social, y si de algo puede congratularse y enorgullecerse un escritor es de haber emitido una idea fecunda, extirpado un error o introducido un rayo de luz en algún cerebro nublado por las preocupaciones de casta y secta.

> Cuando empecé a escribir, dice Zola, tuve un extraordinario desprecio de la política. Eso que era en mí la opinión simplista de un poeta exasperado, se me figura hoy la cosa más pueril y más imbécil... La política se me ha presentado como lo que es en realidad, como el enardecido campo donde se lucha la vida de las naciones, donde se siembra la historia de los pueblos para las futuras cosechas de verdad y de justicia. He comprendido que los espíritus más elevados pueden evolucionar ahí, realizando la mejor de las tareas: el bien de los otros.

Si alguien tiene obligación y derecho de inmiscuirse en las discusiones políticas es el escritor, no para quedar oscurecido y anulado en ellas, sino para iluminarlas y ensancharlas; no para defender una legalidad de convención y mentira, sino para descorrer anchos horizontes de justicia; no para divagar sobre interpretaciones de

leyes o subsistencias de formas tradicionales y pueriles, sino para elevar las cuestiones políticas al rango de cuestiones sociales. Sereno entre el desencadenamiento de las malas pasiones y de los bajos instintos, indiferente a los cambios personales que no entrañan reformas provechosas a las muchedumbres, el escritor defiende al oprimido contra el opresor; en las horas de más envilecimiento de los pueblos y de tiranía de los poderes hace oír una voz de humanidad y de justicia. El político de profesión es soldado que en la humareda del combate no ve más allá del estrecho círculo que le rodea; el escritor es vigía que desde una eminencia sigue las evoluciones de los ejércitos y prevé mejor el resultado final de la batalla.

Nada tan mezquino de miras como un hombre eternamente confinado en la política. Si fiel a su partido, se agita en órbita de microbio, no concibe nada más allá de su grupo y realiza una obra de interés personal o de egoísmo; cuando no, rencores y venganzas; si infiel a sus correligionarios, va de agrupación en agrupación ejerciendo el ignominioso papel de tránsfuga y merodeador público. Hasta el gran estadista, el modelo de generosidad y nobleza, el prototipo de las llamadas virtudes cívicas, descubre algo irreductible y maquinal que infunde antipatía: es siempre el hombre del *buen éxito*, de la *cosa juzgada* y de la razón de Estado. Sacerdote laico, todo lo sacrifica en aras del Dios-Estado, como el clérigo católico lo inmola todo en holocausto del Dios-Iglesia. Aunque se jacte de librepensador y ateo, es el peor fanático de la peor de todas las religiones, pues tiene su Gran Fetiche en el Estado, su Papa en el Jefe del Poder Ejecutivo, su Concilio Ecuménico en el Parlamento, sus Santos Padres en la Magistratura, su Biblia en la Constitución y las leyes.

Por eso, cuando se intenta amenguar el mérito de un escritor diciendo: ese hombre no es político, tradúzcase en esta frase que implica una alabanza. Ese hombre es a la política como el bisturí a la carne fungosa, como el desinfectante al microbio.

En compendio: el escritor debe inferirse en la política para desacreditarla, disolverla y destruirla.

IV

Sí, los políticos son los verdaderos enemigos, y con ellos se necesita, no sólo el ataque general y el globo, sino la expurgación individual para cogerles uno por uno y practicar una vivisección moral. Sí, la política es el mal, y toda propaganda debe tender a utilizar en provecho de las reformas sociales todas las fuerzas desperdiciadas hoy en luchas y divagaciones políticas.

Aunque se escandalicen los adoradores de mitos y de fraseologías tradicionales, conviene prescindir de cuestiones sobre fundamentos del Estado y principios del Gobierno y repetir con un verdadero pensador: cualquier gobierno, con la mayor suma de garantías individuales y lo menos posible de acción administrativa. Al comparar las garantías que el *súbdito* inglés disfruta en la Gran Bretaña con las vejaciones que el *ciudadano* sufre en el Perú, se comprende que las formas de gobierno nada o muy poco significan para la libertad del individuo. ¿Qué vale más: habitar en una autocracia regida por un Marco Aurelio o en una república gobernada por un Cáceres o un Piérola?

Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse o escandalizarse? Cuanto se diga ¿no lo palpan nacionales y extranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada serviría revolcar siempre a la nación en su propio lodo y enconarla noche y día sus llagas, si al mismo tiempo no se levanta el espíritu de las muchedumbres que rastrean en la costa, si no

se sacude con rudeza brutal a esos hombres soñolientos que perdurablemente cabecean en las faldas de la Gran Cordillera, si no se da continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis. Se necesita herir y punzar a las multitudes, no por el malévolo prurito de ofenderlas y exasperarlas, sino por el generoso deseo de estimularlas para el bien y enardecer el coraje para la acción. Nada temamos que muy pocos oigan y entiendan; cuando vibra una voz sincera y franca, los más ignorantes paran el oído y escuchan. Lo que se toma por insuficiencia de las *masas* para comprender las ideas, debe llamarse impotencia del escritor para darse a entender. Si el tecnicismo y las demostraciones particulares de la ciencia figuran como letra muerta para el ignorante o no iniciado, las conclusiones capitales ofrecen tanta claridad y sencillez que las entienden los cerebros de instrucción más rudimentaria. ¿Se requiere haber estudiado a fondo astronomía para comprender que la Tierra se mueve alrededor del Sol? ¿Se requiere haber estudiado a fondo historia natural para comprender que entre el hombre y los animales superiores no median diferencias inexplicables? ¿Se requiere haber estudiado a fondo sociología para comprender que la personalidad humana es sagrada y que todos poseen derecho a su parte de aire, de luz y de vida? ¿Fueron grandes teólogos todos los hombres que siguieron la predicación de Lutero? ¿Fueron grandes sociólogos los soldados de Cromwell y los voluntarios de la Revolución Francesa?

Quien no se deja comprender, no sabe expresarse: el arte de la elocuencia depende mucho de saber colocarse al nivel intelectual de su auditorio. “Quien desprecia la multitud desprecia la razón misma, desde que la juzga incapaz de comunicarse y hacerse oír; por el contrario, sólo es verdadera filosofía la que se cree nacida para todos y profesa que todos nacieron para la más elevada verdad y deben tener su parte de ella como del Sol.”

[1888]

LA MUERTE Y LA VIDA[1]

I

POBRES O RICOS, ignorantes o sabios, nacidos en chozas o palacios, al fin tenemos por abrigo la mortaja, por lecho la tierra, por sol la oscuridad, por únicos amigos los gusanos y la podre. La tumba, ¡digno desenlace del drama!

¿Hay gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir y otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que se escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben desesperadamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, sueño

1. Escrito en 1890, este ensayo denuncia más que la lectura de autores materialistas e irreligiosos, la presencia de un gran dolor. En efecto, entre 1886 y 1890 González Prada había perdido a su madre, a su hermana Cristina y a sus dos primeros hijos, prácticamente fallecidos al nacer aunque el primero alcanzó a sobrevivir cuarenta y cinco días. Esto explica también el alejamiento de su partido, su ausencia del Perú y el tardío regreso. Leía en ese tiempo a Quinet, Claude Bernard, Guyau, Schopenhauer, Menard: un grupo de pensadores nada optimistas. Buscar un "sistema filosófico" en tan amargo desahogo, indicaría falta de mesura crítica. Aparte de esto, es evidente que González Prada prefirió el sarcasmo a la queja, la befa al lamento (nota de L.A. Sánchez).

invencible; en seguida, un frío polar; y por último, algo que se evapora en el cerebro y algo que se marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética o recurso teológico, el encarecer la belleza y majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores y miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de coger una espada, labios que parecen concluir una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume para el vulgo lo más tremendo y espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imaginan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se transforme en llamas azuladas, y al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conservamos nuestra personalidad o somos absorbidos por el Todo, como una gota por el océano? ¿Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria y estelaria de nuevas y variadas existencias? Nada sabemos: céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, y hace siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir "esto cabe en lo posible, esto no cabe", llega al colmo de la presunción o locura. Filosofía y religión declaman y anatematizan; pero declamaciones y anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundimos en ese abismo que hacía temblar a Turenne y horripilarse a Pascal? Ninguna,

para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa si hay algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas por gusanos y planetas para ser destruidos en una explosión, puede crear Humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién acogernos? A nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicionales, subsisten dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni refutación lógica: la inmortalidad del alma y la existencia de un "Dios distinto y personal, de un Dios ausente del Universo", como decía Hegel. Hasta hoy ¿a qué se reducen Dios y el alma? A dos entidades hipotéticas, imaginarias para explicar el origen de las cosas y las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufragio de la tumba, nada nos autoriza para inferir que arribaremos a playas más hospitalarias que la Tierra. Quizá no tengamos derecho de jactarnos con el estoico de "poseer en la muerte un bien que el mundo entero no puede arrebatarnos", porque no sabemos si la puerta del sepulcro conduce al salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Morir es un mal, decía Safo, porque de otro modo los dioses habrían muerto. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió a Ulises con estas melancólicas palabras: "No intentes consolarme de la muerte; preferiría cultivar la tierra al servicio de un hombre pobre y sin recursos, a reinar entre todas las sombras de los que ya no existen"[2].

En el miedo a la muerte ¿hay un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos a la vida o un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir y temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la Tierra no se realizan esclarecimientos de derechos sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis

2. *Odisea*, Canto XI. Traducción de R. Canales.

de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre para darle un fin moral: hacemos una *berquinada*. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, extendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imaginamos que si la Naturaleza nos prodiga hoy males, nos reserva para mañana bienes: abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* y un *haber*. Toda doctrina, de penas y recompensas se funda en la aplicación de la teneduría de libros a la moral.

La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento, madre toda seno y nada corazón, crea y crea para destruir y volver a crear y volver a destruir. En un soplo desbarata la obra de mil y mil años: no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta con dos cosas inagotables, el tiempo y la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, y rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente a una hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro y revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia porque sus súbditos varíen de habitación o cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del universo, no escaparemos a leyes inviolables y eternas.

Amilana y aterra considerar a qué parajes, a qué trasformaciones, puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer parece entrar en una danza macabra para nunca salir, caer en un vertiginoso torbellino para girar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hay algo más desolado que nuestra suerte? ¿más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado, morimos

cuando no lo queremos, vamos tal vez donde no desearíamos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, y el día que fijamos tienda y abrimos una cisterna y sembramos una palma y nos apercibimos a descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir? pues la muerte. ¿Queremos morir? pues la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del globo y el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro ser experimenta el odio y la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la explosión de una estúpida blasfemia, ¿por qué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir y fatigados de pensar, nos desconsolamos con la perspectiva de una actividad eterna y envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces experimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, y anhelamos existir como esencia impalpable y ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nirvana, y de cuando en cuando recuperar la conciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las solfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos

palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxima, salgamos a su encuentro, y muramos de pie como el emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes y furiosos; extendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau, “que nuestro último dolor sea nuestra última curiosidad”.

Hay modos y modos de morir: unos salen de la vida, como espantadizo reptil que se guarece en las tajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuleó sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones y lanzarse a lo Desconocido, como sin papeles ni bandera el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

II

Nosotros nos figuramos el Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imaginación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿Qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas y la unidad material del universo; y ¡quién sabe si nos encontramos en el caso del espectador iluso que toma por escenario y actores las simples figuras del telón!

Extendemos brazos de pigmeo para coger y abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo y una inmensidad de espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación y el experimento derriban todos nuestros sistemas y todas nuestras religiones, como el mar

desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las generaciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras y guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas y la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia y sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún día quedará desposeído de su actual supremacía? Cuando nacemos ¿surgimos de la nada o sólo realizamos una metempsicosis? ¿A qué venimos a la Tierra? Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos y víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miríadas de seres se entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable, hace del universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerme de todo lo creado: el mineral y la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras y sus dientes. El microbio carcome y destruye el organismo del hombre: lo más humilde abate a lo más soberbio. El omnívoro comedor es comido a su vez.

¿Para qué tanta hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca la agonía de un hombre, ¿cuántas lágrimas se derraman en un solo día? ¿Cuántas se han derramado desde que la Humanidad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frágil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluido de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la

mujer que alumbra se realiza un duelo entre el ser estúpido y egoísta que pugna por nacer y la persona inteligente y abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Por qué hay un sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza, para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto de escupirla, ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hay horas de solidaridad generosa en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos y aves, plantas y lagos, nubes y piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían no matar animales, y concebimos la exquisita sensibilidad de los antiguos arrianos que en sus oraciones a Indra le imploraban que hiciera descender bendición y felicidad sobre los entes animados y las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala gigantesca, se extiende para cobijar todo el universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hay hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. La Humanidad, como el océano, debe ser vista de lejos; como el tigre merece un bocado, no una caricia. El mérito engendra envidias, el beneficio produce ingratitudes, el bien acarrea males. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo y cosechamos malas yerbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué origina la

perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno y sufrido? Toda carne desgarrada se rebela contra cielo y tierra.

Si el hombre sufre una crucifixión, ¿se eximen de padecer el animal, la planta y la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada y animada, de seres inorgánicos y orgánicos? ¿Quién sabe lo que pasa en las moléculas de una piedra? Tal vez una sola gota de agua encierra más tragedias y más dolores que toda la historia de la Humanidad. El gran paquidermo y el arador, el cedro del Líbano y el liquen de Islandia, el bloque de la cordillera y la arenilla del mar, todos "son nuestros compañeros en la vida", nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros unos animales gigantescos. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba ¿no será el gemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del firmamento? Donde quiera que nos trasportemos con la imaginación, donde concibamos la más rudimentaria o la más compleja manifestación del ser, allí están la amargura y la muerte. Quien dijo existencia dijo dolor; y la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el universo a la nada.

En este martirologio infinito no hay ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales; no hay desconsuelo más profundo que lo intangible, lo impersonal, de las fuerzas opresoras: nos trituran inconscientes piedras de molino, nos estrangulan manos que sentimos y no podemos asir, nos despedazan monstruos de cien bocas invisibles. Mas el universo ¿es actor, cómplice, verdugo, víctima o sólo instrumento y escenario del mal? ¡Quién lo sabe! Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal y eterno *alguien* goza y se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego y convertidos en luminarias.

Mas ¿qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno y de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refugio que el

sometimiento mudo, porque toda rebelión es inútil y ridícula, con la vida nos toca la acción y la lucha. La acción aturde, embriaga y cura el mal de vivir; la lucha centuplica las fuerzas, enorgullece y da el dominio de la Tierra. No vegetemos ocupados únicamente en abrir nuestra fosa ni nos petrifiquemos en la inacción hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada vale un hombre; pero ¿sabemos el destino de la Humanidad? ¿Sabemos si está cerrado el ciclo de nuestra evolución? ¿Sabemos si nuestra especie dará origen a una especie superior? ¿No concebimos que el ser de mañana supere al hombre de hoy como Platón al gorila, como Friné a la Venus hotentota? Viendo de qué lugar salimos y dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos y lo que somos, puede calcularse adónde llegaremos y lo que seremos mañana. Habitábamos la caverna o el bosque, y ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, y ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos impelen a regiones de serenidad y luz. El animal batallador y antropófago produce hoy abnegados tipos que defienden al débil, se declaran paladines de la justicia y se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas; el salvaje, feliz antes con dormir, comer y, procrear, escribe la *Ilíada*, erige el Partenón y mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos y las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante. Sobradas horas poblamos el firmamento con los fantasmas de nuestra imaginación y dimos cuerpo a las alucinaciones forjadas por el miedo y la esperanza; llega el tiempo de arrojar la venda de nuestros ojos y ver el universo en toda su hermosa pero también en toda su implacable realidad.

No pedimos la existencia; pero con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Aceptémosla, pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio exclusivo; nosotros reímos y nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán y se amarán sobre la nuestra.

[1890]

RENAN

I

AL MISMO tiempo que Víctor Hugo hizo de la poesía un arma democrática y demoledora, vino Renan a convertir la erudición en arte mágica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero y Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el *Libro de Job*, Renan se presentó como un nuevo excomulgado entre los mil autores inscritos en el Índice; al perder su cátedra en el Colegio de Francia por haber negado los dogmas del catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensadores y eruditos; pero al escribir la *Vida de Jesús*, se convirtió en objeto de execración universal, en cabeza de turco donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las cruzadas justos y pecadores se creían obligados a romper una lanza en Tierra Santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos y malos discípulos del Nazareno tomaron a punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron a la palestra, desde Pío IX que le llamó "el blasfemador francés", hasta el obispo Dupanloup que le amenazaba con los "rigores del brazo secular".

Hubo más: protestante y papista, que nunca logran ponerse de acuerdo, se confabularon tácitamente para denigrar el libro y escar-

necer al autor. No se concibe hoy la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo Athanase Coquerel trató a Renan de *querido amigo*.

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones y reticencias, cuando habrían querido que la pluma de Renan se hubiera transformado en arma hiriente y cortante, en la segunda lanza de Longino.

Se formaría una biblioteca muy voluminosa, aunque no muy amena, con todo lo escrito para insultar a Renan y rebatir la *Vida de Jesús*. Al estallar la guerra franco prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el hereje y declinó una literatura cultivada por hombres que suplían el genio con las buenas intenciones.

Renan, que no tuvo muy desarrollado el órgano de la combatividad, continuó encerrado entre sus papeles, sin dejar su siríaco, su hebreo, su arábigo, ni su griego, mientras zumbaba el huracán y se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colegio de Francia, apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos y malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransigentes y de mala fe, el combate rastrero donde se gasta más lodo que tinta, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant a la sencillez de Spinoza.

Nunca sostuvo polémicas. "En la polémica, decía, hay que saber encontrar el lado frágil de sus adversarios y cebarse en él, no tocar las cuestiones inciertas, guardarse de toda concesión, en fin, renunciar a la esencia misma del espíritu científico." "Calumniado como nadie, nunca se vindicó, no creía en la eficacia de las calumnias, estaba persuadido que para los espíritus serios la rectitud del hombre honrado se revela siempre." "Odiar a los tontos ¡gran Dios! Responder a todas las inepcias, gastar su vida en una lucha infecunda,

entregarse a merced de los insultadores, concediéndoles derecho de figurarse que pueden herirnos, ¡que locura!, cuando el mundo es tan vasto, cuando el Universo encierra tanto secreto que adivinar, tanta magnificencia que contemplar."

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termite infatigable y silencioso que seguía carcomiendo el madero del Calvario.

II

Hoy nos admira el escándalo suscitado por la *Vida de Jesús* en la Francia bonapartista y gazmoña. Un pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire y D'Alembert, donde pasó el soplo racionalista y laico de la Revolución, donde Dupuis y Volney redujeron toda la leyenda del Evangelio a un mito solar, donde Parny cantó la *Guerra de los dioses*, donde Laplace, Stendhal y Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡se escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús!

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios y cortesía, no debe inferirse que intentaba una obra de transacción entre fanático y ateo, ni afirmar con Jules Levallois que la *Vida de Jesús* levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque "nada separa tanto a los hombres como una tentativa de reconciliación que no se realiza". Cierto, Renan al convertir en hombre al Dios usa gran cautela; pero todos los subterfugios morales, todas las edulcoraciones del lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseña con rasgos tan admirables y simpáticos, se ha embellecido tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que el embestirle con odio y rabia despierta la invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de

buen éxito en el ataque, se emprende una obra perjudicial y contraproducente.

Si por muchos de sus libros marcha Renan con los tímidos y conservadores, por su *Vida de Jesús* va con los avanzados zapadores de viejas teogonías. Mide muy bien la magnitud de su demolición, sabe que basta despojar a Cristo del barniz divino para derrumbar el edificio inmenso del catolicismo. Emprende con toda consciencia una labor profundamente radical, y sólo por maquiavelismo puede calificarse de "respetuoso disidente"y pronosticar que "algún día la Iglesia le invocará como un apologista".

No: la Iglesia le anatematizará siempre como el peor enemigo, y con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar a la fe católica el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores o veneno en copa de oro. Generalmente, las vidas de Jesús pecan de ilegibles y enojosas, en tanto que la de Renan es atrayente, ligera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, y en muchas páginas trasciende a idilio virgiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido ortodóxico de la palabra, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de sombra mítica y legendaria se transforma en personaje real e histórico. Ningún hombre puede quejarse de que le hayan consagrado monumento igual, y si volviera Jesús al mundo, tal vez preferiría ver encarecidas sus acciones puramente humanas en el libro de Renan a ver glorificados sus prodigios de taumaturgo en los Evangelios.

Por medio de una crítica ingeniosa, despojar el hecho real de todas sus incrustaciones legendarias; inducir cautelosamente cómo pudieron realizarse los acontecimientos, cuando falta la narración imparcial y concluyente; expurgar las indecisas o contradictorias pinturas de los Evangelios, para fijar con rasgos precisos la figura

histórica de Jesús, he aquí la empresa intentada por Renan. Cristo, dejando de mostrarse como el gran fetiche y el milagrero, adquiere toda su verdad aproximativa y aparece humanamente posible, aunque dibujado algunas veces con perfecciones sobrehumanas, casi divinas. Sin llegar a convertirlo en Dios, Renan le prodiga exageradas alabanzas que le rozan con la Divinidad. "Jesús es el individuo que ha hecho dar a nuestra especie el mayor paso hacia lo divino... Jesús es la más elevada entre las columnas que indican al hombre de dónde y a dónde debe tender... Jesús no será sobrepasado." Anticatólica, pero no irreligiosa, la *Vida de Jesús* exhala un perfume de vago misticismo.

Si el libro de Peyrat deja tal vez en el ánimo del lector una impresión más duradera y eficaz, la obra de Renan, con todas sus herejías destiladas en cláusulas místico-idealistas, ofrece el curioso aliciente de música profana, tocada en órgano de iglesia, por eximio artista.

Eximio artista: ni sus mayores enemigos se atrevieron a negarlo; condenaron su alma, no su estilo ni su lenguaje.

La *Vida de Jesús* posee un mérito indiscutible, una excelencia que la impone y la eternizará: la forma. Renan confiesa que gastó un año en sólo corregirla, porque el asunto requería toda sobriedad, toda simpleza; y con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hay que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón, "el lenguaje se colora con el esplendor del pensamiento".

En la *Vida de Jesús* se patentiza el don de algunos escritores franceses para componer con materiales ajenos un libro casi original. La grave erudición de los exégetas alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; o de otro modo: el jugo de los autores

germánicos, al sufrir las manipulaciones del estilista francés, se clarifica y se cristaliza con las facetas del diamante.

III

A Renan hay que examinarle por distintos lados, porque no es una esfera sino un poliedro irregular. Él se pinta así:

> Estuve predestinado a ser lo que soy; un romántico que protesta del romanticismo, un utopista que predica en política el a ras del suelo, un idealista que inútilmente se afana en parecer burgués, un tejido de contradicciones que recuerdan el hicocervo de la escolástica, dotado de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa en demoler a la otra, como el animal fabuloso de Ctesias se comía las patas sin notarlo.

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte a menudo en enemigo implacable del catolicismo y en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los papas. Renan se manifiesta impío sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del catolicismo con respeto, casi con veneración; rebosando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que a la educación religiosa debe todo lo bueno que hay en su naturaleza; y se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodoxas a sus primeros institutores, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí que sus libros encierren una cualidad rara en nuestro siglo: la serenidad. Aunque se manifieste sentimental y melancólico, se aleja mucho de los autores que escriben en continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos y las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el Micrómegas de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica y abandonó el seminario, porque la lectura y meditación de algunos autores alemanes le probaron la falibilidad de sus

antiguos maestros. “Hacia 1843, dice, me hallaba en el Seminario de San Sulpicio cuando empecé a conocer Alemania por Goethe y Herder. Creí entrar en un templo, y todo lo que había yo tenido por una pompa digna de la Divinidad me produjo entonces el mismo efecto que flores de papel amarillentas y ajadas”[1]. Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó a cuatro mujeres –su madre, su hermana Enriqueta, su esposa y su hija–, que en los dinteles de la vejez vino a comprender las palabras del Eclesiastés: “Anda, pues, come tu pan y regocíjate con la mujer que amaste un día”. Sin embargo, “desde niño entreveía la hermosura como don tan superior que el talento, el genio, la virtud misma, eran nada en comparación”; y en su vejez escribe frases que recuerdan a Heine predicando la rehabilitación de la carne o a Zola defendiendo la dignidad y nobleza del genésico: “¡Qué, dice, la obra por excelencia, la continuación de la vida estará ligada como un acto ridículo o grosero!”. Quizá en todo su erotismo senil hay un simple recurso literario, un contagio del naturalismo. Sólo así puede explicarse que haya escrito: “El libertino tiene razón y practica la verdadera filosofía de la vida”.

Renan se presenta como ave rara en su época y en su nación, por el desinterés o “desprendimiento de los bienes temporales”, según decía él mismo. Sus obras le produjeron muy poco: mientras novelistas y dramaturgos acumulaban sumas fabulosas y vivían regiamente, él vegetaba en la medianía y, a no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasez. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra de hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine o pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire y Víctor Hugo la ciencia práctica de la vida.

1. *La Reforme intellectuelle et morale*. Después de modificar casi totalmente la redacción de este párrafo, el autor le agregó otro, desde “Hacia 1843” hasta “amarillentas y ajadas”.

Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado a cargo alojarle, alimentarle, vestirle y calentarle, dejándole completa libertad de pensar y escribir. Poco más o menos la dicha del buen abad que pide una buena bicicleta sin desdeñar un buen refectorio.

Contrariamente al pesimismo general, Renan se regocijaba de haber nacido y proclamaba el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza fueron muy profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoísmo sonriente, amable y de buen tono. Él mismo declara con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror a las amistades particulares, que nunca prestó servicios a sus amigos y por consiguiente a nadie. Probablemente, los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen asiento para ver la representación del drama, y se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno a las pasiones profundas y por consiguiente a los dolores profundos, miraba el universo por el lado bueno y profesaba un optimismo, tan exagerado que más de una vez rayaba en irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista se explica por este arranque: "Debemos la virtud al Eterno; pero, como desquite personal, tenemos derecho de agregarle la ironía, devolviendo así a quien lo merece, burla por burla, haciendo la misma pasada que nos hicieron".

Hombre de restricciones y reticencias, de avances y retrocesos, daba un rasguño y en seguida restañaba la sangre y aplicaba un vendaje, sin pensar que la cicatriz quedaría indeleble. Los rasguños mujeriles que Renan ha dado al catolicismo producen más daño que los furibundos hachazos propinados por otros. Por una parte ha quitado al ídolo de cartón sus papeles dorados, y por otra ha querido apuntalarle con barras de hierro.

IV

Paul Bourget afirma que la obra de Renan, considerada en conjunto, es de ciencia. ¿Erudición no convendría más? Una serie de encadenamientos lógicos y sin contradicciones, un todo inatacable y compacto, en fin, una gran pirámide de observaciones rematada con la afirmación de una ley, eso no se busque en los escritos de Renan. Él mismo lo reconoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado a investigaciones "que nunca lograrán imponerse y quedarán siempre como interesantes consideraciones acerca de una realidad desaparecida para no volver"[2].

Hasta se figura desviado de su carrera intelectual, y con asombrosa ingenuidad escribe en sus últimos años: "El extremo ardor que la fisiología y las ciencias naturales excitaban en mi espíritu, me hace creer que, al haberlas cultivado sin interrupción, habría llegado yo a muchos resultados de Darwin, resultados entrevistos por mí"[3]. Pero el haber entrevisto desde muy joven muchos resultados de Darwin no le impide resolver metafísicamente problemas que pertenecen a las ciencias naturales (como por ejemplo el origen del lenguaje), ni llamar "falsa hipótesis la idea de una primitiva Humanidad viviendo en estado salvaje y casi bestial"[4]:

> La ciencia, dice, demuestra que cierto día, en virtud de leyes naturales que hasta entonces habían presidido el desarrollo de las cosas, sin excepción ni intervención exterior, el ser pensante apareció dotado de todas sus cualidades y perfecto en cuanto a sus elementos esenciales, y, por tanto, querer explicar la aparición del hombre sobre la Tierra por las leyes que rigen los fenómenos de nuestro globo desde que la Naturaleza

2. *Souvenirs.*
3. *Ibid.*
4. *De l'Origine du langage*.

> ha cesado de crear, sería abrir la puerta a imaginaciones tan extravagantes, que ningún espíritu serlo se detendría en ellas un solo instante.[5]

Renan costeó el continente científico a manera de un Américo Vespucio; pero no penetró en él como un Hernán Cortés o un Pizarro. Así, recordando a Schopenhauer, llama al amor "voz lejana de un mundo que quiere existir"; recordando a Darwin, afirma que "el amor originó la belleza en el animal"; recordando a Jacobi, dice que "sus antepasados le legaron sus añejas economías de vida, que piensa por ellos"; recordando a Flammarion, escribe: "Pensemos que todo lo existido existe aún en alguna parte como imagen capaz de ser reanimada. Los *clichés* de todas las cosas se conservan. Los astros de la extremidad del Universo reciben actualmente la imagen de acontecimientos realizados hace muchos siglos. Las matrices de todo lo existido viven escalonadas en las diversas zonas del espacio infinito".

Al leer su *Porvenir de la ciencia*, al recordar que alguna vez otorgó a los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que "el mundo nos revela una ausencia completa de plan reflexionado a la vez que el mismo esfuerzo espontáneo del embrión hacia la vida y la conciencia", se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento religioso y proferir que "sólo un materialismo grosero puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza", se le distingue a mil años de un Taine declarando el vicio y la virtud naturales como el vitriolo y el azúcar, o de una madame Ackermann proclamando que "el elemento de las religiones es la ignorancia", que "la fe desaparecerá con la ciencia", que "una Humanidad más civilizada no necesitará creer sino saber".

No se le compare con Darwin o Spencer, no se le pida tampoco

5. *Études d'Histoire religieuse*.

la audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio religioso de la Humanidad, ni de un Haeckel para reconstruir la evolución de la vida en el planeta; pero, sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las ciencias naturales, compáresele con Letourneau, André Lefèbre o Guyau. Junto a la *Irreligión del porvenir* o al *Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción*, muchos libros de Renan parecen anticuados y retrógrados. Hasta Vacherot[6], llegó a conclusiones más atrevidas sobre el porvenir sicológico de la religión. Su gran audacia consistió en negar la divinidad de Cristo y sostener, aunque no siempre, la concepción hegeliana del Universo, es decir, considerarle como un ser en la gestación de Dios. Él no se detuvo a reflexionar en la fecunda solidez del positivismo; y aunque rindió entusiastas homenajes al carácter filosófico de Littré, procedió injustamente con Augusto Comte acusándole de haber escrito en mal francés: acusación de gramático a gramático, no de filósofo a filósofo.

Los ortodoxos le tachan de escéptico. No, Renan no merece el calificativo, porque si puso en duda lo dudable y lo dudoso, afirmó la realidad del mundo sensible, creyó ciegamente en la demostración matemática y aceptó la ley comprobada con observaciones y experimentos. En lo moral y religioso se abstiene o divaga; en lo dogmático "afirma categóricamente la humanidad de Jesucristo y la ausencia de revelación divina. Es, como dice Jules Simon, incrédulo, no escéptico"[7]. Con todo, el padre Gratry no carece de razón cuando le tacha de sofista. Renan sostiene el pro y el contra con asombrosa desenvoltura, no por mala fe, sino tal vez por descubrir la fragilidad de la dialéctica: edifica un castillo de barajas, le derriba de un soplo, y en seguida le reedifica para volverlo a derribar. Se diría que se propone

---

6. En su último libro *La religión*, Vacherot se ha inclinado después al catolicismo y últimamente acaba de lanzar estas afirmaciones: "Dios entrega a los hombres la política y se reserva la religión".
7. *La Revue de Paris*, 15 Février 1894.

burlarse de la lógica, del asunto y del lector. Nos acordamos de Mefistófeles enamorando a la vieja Marta.

Cuando Renan reconoce en Víctor Cousin "uno de los excitadores de su pensamiento"[8], se comprende que por el afán de encontrar en todo alguna verdad, quiera conciliar hasta las contradicciones. Si algunos de sus defectos nacen del eclecticismo, otros se explican por la exageración del espíritu crítico: el temor de engañarse y la manía de creerse un "espíritu delicado y libre de pasión", le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar y hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea y en seguida, valiéndose de un pero, defender la contraria. De ahí su escasa popularidad: la multitud sólo comprende y sigue a los hombres que franca y hasta brutalmente afirman con las palabras como Mirabeau, con los hechos como Napoleón.

V

José Ernesto Renan, nacido en Tréguier el 27 de enero de 1823, murió en París el 2 de octubre de 1892.

Él, que solía poner en duda la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral y de nada cuidó más que de su fama póstuma.

> ¡Cuánto me dolería, dice, el atravesar un período de apocamiento en que el hombre antes fuerte y virtuoso queda reducido a la sombra y a la ruina de sí mismo, causando muchas veces el regocijo de los tontos al ocuparse en destruir la vida que laboriosamente edificó! Semejante vejez es el peor don que los dioses otorgan al hombre. Si tal suerte me cabe, protesto de antemano contra las flaquezas que un cerebro reblandecido me haga decir o afirmar. A Renan sano de espíritu y de

8. *Feuilles Detachées.*

corazón, como estoy ahora; no a Renan medio destruido por la muerte y no siendo ya el mismo, como seré si me descompongo lentamente, es a quien yo quiero que se oiga y crea.

Había deseado morir violentamente en el campo de batalla o asesinado en la curul del senador, y en algo se cumplieron sus deseos, pues se extinguió dulcemente sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas religiosas ni leyendas de muerte a lo Juliano el Apóstata o arrepentimientos *in extremis* a lo Littré y Claude Bernard, porque al sentirse grave, tuvo la precaución de recomendar a los miembros de su familia que no le llamaran sacerdote, aunque en las angustias y alucinaciones de la última hora le oyeran clamar por auxilios espirituales. Casado con una protestante (hermana del pintor Ary Scheffer), asistido por sus dos hijos, rodeado de amigos fieles y prevenidos, el asalto clerical no pudo ni ser intentado.

Muerto impenitente y laico, Renan tuvo suntuosas exequias nacionales, atravesó París en una especie de triunfo póstumo, y fue a reposar en el cementerio de Montmartre, bajo la misma tumba que Scheffer, no muy lejos de Théophile Gautier y Henri Murget.

¿Cuáles fueron sus últimas, sus definitivas convicciones? Pregunta difícil de responderse cuando se recuerda que el mismo Renan exclamó un día: "*In utrumque paratus*. Estar preparado para todo, es quizá la sabiduría. Entregarnos, según las horas, a la confianza, al escepticismo, al optimismo, o la ironía, es la manera de estar seguros que, a lo menos por momentos, hemos poseído la verdad"[9].

Para dar alguna idea de sus convicciones en política y en sociología, bastan algunas citas en su libro, publicado con el pomposo título de *La reforma intelectual y moral*.

---

9. *Souvenirs.*

> El egoísmo, fuente del socialismo; la envidia, fuente de la democracia, formarán siempre una sociedad débil, incapaz de resistir a poderosos vecinos. Una sociedad sólo es fuerte con tal de reconocer el hecho de las superioridades naturales, que en el fondo se reducen a una sola, la del nacimiento, puesto que la superioridad intelectual y moral no es más que la superioridad de un germen de vida, desarrollado en condiciones particularmente favorecidas.
>
> No soy rico, pero no podría casi vivir en una sociedad sin ricos. No soy católico, pero me gusta mucho que haya católicos, hermanas de la caridad, curas de aldea, carmelitas, y si de mí dependiera suprimir todo eso, no lo suprimiría.
>
> En realidad, la Iglesia y la escuela son igualmente necesarias: una nación no puede pasarse sin una ni otra: cuando Iglesia y escuela están en pugna, todo va mal.
>
> [...] educar al pueblo, reavivar sus facultades algo amortiguadas, inspirarle (con la ayuda de un buen clero patriota) la aceptación de una sociedad superior, el respeto de ciencia y virtud, el espíritu de sacrificio y abnegación...
>
> No considerando más que el derecho de los individuos, es injusto que un hombre sea sacrificado a otro hombre; pero no es injusto que todos se sometan a la obra superior que realiza la Humanidad. Cumple a la religión explicar estos misterios y ofrecer en el mundo ideal superabundantes consolaciones a todos los sacrificios en la Tierra.

Lo último es el cómodo sistema de *una religión para el pueblo*, sistema que trasciende a ironía sangrienta en labios del hombre que no vivió muy seguro de hallar en la otra vida las compensaciones que ofrecía generosamente a los desgraciados.

Efectivamente, aunque dijo: “que prefiere el infierno a la Nada”, “que espera y desea la inmortalidad”, no vivió muy seguro de lograrla. Y ¿cómo, si ni sobre Dios tuvo idea clara y definitiva? Su Dios es unas veces un devenir, otras lo divino en la Naturaleza, otras el Padre

celestial de Jesús, otras el papá-Dios o viejo calavera que se divierte con las travesuras de sus nietos. Atacó a Béranger por su *Dieu des Bonnes gens*, y se muestra más irreverente que Béranger; censuró a Voltaire por sus impiedades, y se manifestó más impío que Voltaire. Voltaire acusa a Júpiter de habernos jugado una broma pesada al crearnos; Renan afirma que "el seductor supremo ocultó gran parte de ironía en nuestras más santas ilusiones". Voltaire, moribundo, responde al sacerdote que le encarece los méritos de Jesucristo: "No me hable usted de ese hombre". Renan, al atravesar la puerta de una iglesia, se quita el sombrero. "Creía que estaba usted de pleito con el buen Dios", le dice su amigo. Renan responde: "Nos saludamos, pero no nos hablamos".

¿Hay acaso un abismo entre Voltaire y Renan? Quién sabe si la *Vida de Jesús* podría llamarse otra *Doncella de Orleáns*, no en verso volteriano, sino en prosa renaniana, con la diferencia que donde Voltaire se muestra grosero, desvergonzado y mordaz, Renan se manifiesta pulido, discreto y simplemente irónico.

Renan es un Voltaire clarificado y tamizado.

VI

Al compulsar hoy los trabajos de Renan, se admiran dos cosas: la flexibilidad del talento y la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja y borrosa inscripción semítica, escribe los *Dramas filosóficos* o los *Recuerdos de infancia y juventud*. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda y sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Achacoso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colegio de Francia y trabaja sin reposo en concluir su *Historia del pueblo de Israel*. Más afortunado que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus obras capitales.

Sus adversarios, principalmente los católicos, le acusan de frívolo y ligero, olvidando que la *Misión de Fenicia*, la *Historia de los*

orígenes del cristianismo, la *Historia del pueblo de Israel*, la *Historia general de las lenguas semíticas* y el *Corpus semiticarum inscriptionum*, revelan muchísimas horas de estudio y profundas meditaciones. Cierto, Renan pagó tributo a su época escribiendo volúmenes de simples amenidades o amplificaciones; pero semejantes libros, compuestos muchas veces para ceder a la petulancia voraz de los editores, no encerraban la savia ni el meollo de su talento: eran cosas análogas a los entretenimientos o desahogos del artista, después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura o cincelaba una copa. Él descubre tal vez el fondo grave de su carácter cuando escribe que de todas sus obras prefiere el *Corpus semiticarum inscriptionum*[10], la más árida y de público más restringido.

Tal vez la última circunstancia contribuía mucho a la preferencia, pues, como Taine, proclamaba la aristocracia intelectual y habría deseado convertir a los sabios en una especie de seres privilegiados o divinidades terrestres. Y no sólo miraba en menos al vulgo pedestre, sino que en un momento de pesimismo literario ataca en globo a sus contemporáneos y pronostica siniestramente que nada o casi nada vivirá de todo lo escrito en el presente siglo. Sin manifestarse tan pesimista como él, se puede preguntar: ¿Cuál de sus trabajos sobrenadará en el futuro naufragio? ¿Quién acierta en profetizar la selección del porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas y romances, por lo superfluo de su ingenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos. Newton apreciaba tanto su libro sobre el Apocalipsis como sus tratados de matemáticas. Algo semejante sucede ya con Renan: olvidamos al colaborador de Víctor Leclerc, al viajero y al arqueólogo, al lingüista y al filólogo, al historiador de Israel y el traductor de *Job*, el *Cantar de los cantares y*

10. James Darmesteter. *Revue Bleue*, 21 Octobre 1893.

Eclesiastés, para sólo recordar al estilista de la *Vida de Jesús*. Pensó vivir por la erudición, y vive por lo que menos estimaba o fingía no estimar: la literatura.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado a la erudición y como un literato que se enorgullece de tener en menos la literatura. Dice que no adolece de vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo complacer a Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente a Sainte-Beuve y después de haber escapado a su influencia, escribió frases, páginas y libros enteros de simple literatura. Cuando afirma que "el desierto es monoteísta", que "las paralelas se encuentran en lo Infinito", que "si la Naturaleza fuera mala sería fea", que "Dios es ya bueno; pero no todopoderoso y que sin duda lo será un día", ¿no construye frases puramente literarias? Cuando escribe la *Plegaria en el Acrópolis* o *Emma Kosilis*, ¿no llena páginas puramente literarias? Cuando compone los *Recuerdos de infancia y juventud*, ¿no hace libros puramente literarios y hasta lamartinianos con una Graziella en forma de Noemí?

En fin, Renan realizó con la exégesis alemana lo mismo que madame de Staël y Egger intentaron con la literatura y la filología germánicas. Puede la ciencia destruir una parte de su obra, como sucede ya con el *Origen del lenguaje*; pero el arte conservará siempre mil y mil de sus páginas donde se exhala el aliento de una juventud eterna y se aspira el inefable aroma de la vida. En las antologías francesas ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre *Jocelyn* y la *Vida de Jesús*. Si Lamartine fue poeta extraviado en la política o abeja que labró su panal en el gorro frigio, Renan fue poeta emparedado en la erudición o un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

[1893]

LIBREPENSAMIENTO DE ACCIÓN

(Discurso que debió leerse el 28 de agosto de 1898 en la tercera Conferencia organizada por la Liga de Librepensadores del Perú. La lectura no pudo efectuarse porque el Gobierno la impidió.)

SEÑORES:

Doy las más sinceras gracias a los miembros de la Liga por haberme brindado su tribuna, a mí que no formo parte de esa corporación llamada a trazar hondos surcos en nuestra vida social.

Diré algo del librepensamiento silencioso, del hablado y señaladamente del que produce mejores frutos –el de acción, en su concepto más amplio.

I

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Como nadie trepana la bóveda de nuestro cráneo para escudriñar la fermentación de las ideas, hablamos con nosotros mismos sin que nuestras voces interiores vayan a resonar en tímpanos ajenos ni a grabarse en cilindros fonográficos. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto a los dioses que nos placen, donde erigimos un trono para los buenos o un patíbulo para los malos.

Ese librepensamiento no sirve de mucho en los combates de la vida, y el hombre que lo ejerce no pasa de un filósofo egoísta, infecundo, en una palabra, neutro. ¿Qué vale condenar en el fuero interno las supersticiones, si a la faz del mundo las aprobamos tácitamente? ¿De qué aprovecha estrangular imaginariamente a los criminales,

si realmente les tendemos la mano de amigo? ¿Qué bien reportan a la Humanidad los sabios que se emparedan en su yo, sin comunicar a nadie la sabiduría? Linternas cerradas, alumbran por dentro.

Cuando se abriga una convicción, no se la guarda religiosamente como una joya de familia ni se la envasa herméticamente como un perfume demasiado sutil: se la expone al aire y al sol, se la deja al libre alcance de todas las inteligencias. Lo humano está, no en poseer sigilosamente sus riquezas mentales, sino en sacarlas del cerebro, vestirlas con las alas del lenguaje y arrojarlas por el mundo para que vuelen a introducirse en los demás cerebros. Si todos los filósofos hubieran filosofado en silencio, la Humanidad no habría salido de la infancia y las sociedades seguirían gateando en el limbo de las supersticiones.

Las verdades adquiridas por el individuo no constituyen su patrimonio: forman parte del caudal humano. Nada nos pertenece, porque de nada somos creadores. Las ideas, que más propias se nos figuran, nos vienen del medio intelectual en que respiramos o de la atmósfera artificial que nos formamos con la lectura. Lo que damos a unos, lo hemos tomado de otros: lo que nos parece una ofrenda no pasa de una restitución a los herederos legítimos. Mas, aunque no fuera así, ¿cabe don más valioso que el pensamiento? Al dar el corazón a los seres que nos aman, les pagamos una deuda; al ofrecer el pensamiento a los desconocidos, a los adversarios, a nuestros mismos aborrecedores, imitamos la inagotable liberalidad de la Naturaleza que prodiga sus bienes al santo y al pecador, a la paloma y al gavilán, al cordero y al lobo.

Más de dos mil años hace que el primero de los filósofos chinos decía: *Dad mucho, recibid poco*. Este brevísimo consejo entraña una lección de inefable desprendimiento, de inmensa caridad. Pero los librepensadores silenciosos no quieren disfrutar la suprema selección de otorgarse sin reserva, y prefieren vivir tranquilos, felices, nunca

turbados en sus impiedades ni en sus digestiones. Favoreciéndoles mucho, debemos compararles con los ríos subterráneos que se dirigen al mar, sin haber apaciguado una sed ni fecundado una semilla.

II

Si el librepensamiento mudo funciona sin perturbar la calma del filósofo, no sucede lo mismo con el librepensamiento hablado y escrito. El hombre que en sociedades retrógradas habla y escribe con valerosa independencia, suscita recriminaciones y tempestades, aventurándose a sufrir los anatemas del sacerdote, los atropellos del mandón y los impulsivos arranques de la bestia popular.

Nadie ataca un privilegio ni ridiculiza una superstición sin que mil voces le maldigan ni mil brazos le amenacen. Todos condenan un error, todos se duelen de una injusticia; pero la Humanidad encierra tanta abyección y tanta cobardía, que en el fragor de la lucha suele unirse con sus torsionarios para combatir a sus defensores. A veces, no hay crimen tan imperdonable como hablar lo que todos piensan o decir a gritos lo que todos murmuran a media voz. En el reinado de la iniquidad y la mentira se clama por un verbo que fustigue a los criminales; mas, cuando el verbo truena sin hipocresías ni melosidades, entonces los más fervientes amigos de la verdad hacen los mayores aspavientos y fulminan las más ruidosas protestas.

Para merecer el título de buen ciudadano y figurar en la clásica nómina de los hombres cuerdos, se necesita conformarse a los usos y prejuicios de su tiempo, venerando los absurdos de la religión en que se nace, justificando las iniquidades de la patria en que se vive. Nada de romper el molde antediluviano ni querer aletear fuera de la jaula prehistórica. Nada tampoco de oposiciones ni de intransigencias: la moralidad se resuelve en la transigencia con las inmoralidades ambientales, la virtud se reduce a un oportunismo hipócrita y maleable.

Cuando se diga, pues, de un hombre: cumplidor de las leyes, tradúzcase: naturaleza servil. La perfección moral de casi todos los buenos señores de la nómina se condensa en tres palabras: almas de lacayo.

De ahí que el expresarse con suma independencia revele audacia y dé visos de sinceridad. Sin embargo, el librepensamiento de oradores y publicistas sufre muy groseras falsificaciones: tal vez los hipócritas de la incredulidad abundan más que los hipócritas de la fe. Quizá Tartufo dejó menos prole que Homais. Algunas veces hay más audacia en llamarse creyente que en decirse librepensador.

Al hablar de librepensamiento ¿cómo no recordar a los librepensadores nacionales? Si la milenaria historia del cristianismo se reduce a monótona y pesada enumeración de herejías, los breves anales de nuestro librepensamiento se condensan en una serie de renuncias y palinodias. Por la firmeza de un Vigil y de un Mariátegui, ¡cuántas prevaricaciones en la edad provecta a la hora de la muerte! ¿Dónde están aquí los perseverantes y los firmes? Quien ha vivido algún tiempo y vuelve los ojos para buscar a los que un día le acompañaron en las luchas por la razón y la libertad, sólo divisa una desbandada legión de apóstatas y renegados.

De los dieciocho a los treinta años germina en muchas cabezas un librepensamiento fogoso y batallador; mas de los treinta en adelante, ¡adiós batallas, adiós fogosidades! Y regla infalible: los más energúmenos acaban por más seráficos; la reculada viene en proporción del salto. De los tranquilos aguardemos la firmeza, de los violentos temamos la claudicación.

Aquí reina, pues, lo que llamaríamos el *cefalismo*, queremos decir, la incredulidad en la juventud, la gazmoñería en la vejez. Platón habla de un Céfalo que habiendo comenzado por reírse de las supersticiones vulgares, concluyó por tomarlas a lo serio cuando vio que le asomaban las arrugas y las canas. Sin que aún existiera el idioma de Cervantes, el buen Céfalo practicaba un refrán castellano: *De*

mozo a palacio, de viejo a la iglesia. Ese griego nacido algunos siglos antes de la era cristiana ¿no sirve de modelo a muchos librepensadores del siglo XIX? Prueba que la reculada senil puede realizarse en todas las naciones y en todas las épocas. Nada de extraño que los viejos de hoy copien fielmente a los viejos de ayer: al ir perdiendo la vida, ganamos el miedo a la muerte; al acordarnos mucho del cielo, pensamos muy poco en la dignidad de la existencia. El viejo es un niño triste, que la vejez se parece a la infancia como la tarde a la aurora.

Algunos de nuestros librepensadores no necesitan de canas ni de arrugas para retroceder hacia la mentalidad de abuelas y nodrizas: les basta un revés de fortuna, la muerte de una persona querida o el asalto de una enfermedad grave. ¡Seres dichosos! la gracia eficaz se les introduce con los esporos del aire y las triquinas del salchichón. Otros librepensadores realizan un cambio de frente, sin que en la evolución intervengan enfermedades, muertes ni desgracias: les sobra con un buen matrimonio. ¡Seres más dichosos! hallan el catolicismo en los legajos de una dote, descubren a Dios en el moño postizo de una vieja rica.

Lo que no les ruboriza ni les interrumpe ninguna de las funciones orgánicas. Hay animales inferiores que tranquilamente siguen su vida aunque les volvamos del revés, practicando con ellos la misma operación que hacemos con un guante o con la funda de un paraguas. Si en algunos librepensadores criollos efectuamos cosa igual, seguirán viviendo con una sola diferencia –la de haberse metamorfoseado en curas. Lo mismo sucedería con los masones peruanos; así que donde se tenga un gran maestre de Biblia y Gran Arquitecto se puede obtener un jesuita o un dominico. Lo volveremos a decir: tanto los librepensadores a la criolla como los masones bíblicos y deícolas, son curas al revés.

En resumen, casi todos los librepensadores nacionales vivieron pregonando las excelencias de la Razón y murieron acogiéndose a las supersticiones del catolicismo: hubo en ellos dos hombres –el de

las frases y el de los actos. Los mudos o linternas sordas no causaron bien ni mal; pero los bulliciosos o histriones de pluma y de palabra, desacreditaron la idea, produjeron enorme daño, haciendo que los hombres de buena fe se retrajeran y callaran por miedo de figurar en tan ridícula y abominable compañía.

III

Algo vale extender la mano para señalar el camino donde conviene marchar; pero vale más ir delante marcando con sus huellas el rumbo que ha de seguirse: un buen guía suple a cien direcciones indicadas en cien postes. A cuantos surjan con humos de propagandistas y regeneradores, no les preguntemos cómo escriben y hablan, sino cómo viven: estimemos el quilate de las acciones indefectibles en lugar de sólo medir los kilómetros de las herejías verbales. ¿Existe ya una ley de matrimonio entre los no católicos? Pues úsenla sin embargo de toda su deficiencia. ¿Existen escuelas regentadas por seglares? Pues no eduquen a sus hijos en planteles fundados por las congregaciones. ¿Existe un cementerio laico? Pues ordenen que sus muertos vayan a reposar sin agua bendita ni responsos. No quieran avenir a Diderot con el ínter de la parroquia ni amalgamar consejas de la Biblia con leyes de la Naturaleza; y piensen que la vitalidad de las religiones se basa en la indolencia de los incrédulos, así como la fuerza de los gobiernos inicuos se funda en la apatía de las muchedumbres.

Aunque los librepensadores guarden fidelidad a su doctrina y armonicen las palabras con los actos, merecen una grave censura cuando eliminan las cuestiones sociales para vivir encastillados en la irreligiosidad agresiva y hasta en la clerofobia intransigente. ¿Cómo no reírse de los Torquemada rojos, de los Domingo de Guzmán por antítesis, de los inquisidores laicos, dispuestos a encender

hogueras y parodiar los autos de fe? *No sólo de pan vive el hombre,* nos dice el Evangelio; digamos a nuestra vez: no sólo de curas vive el librepensador.

Mas algunos fanáticos no salen de su monomanía anticlerical y viven consagrados a perseguir sotanas en las celdas de las monjas, o sorprender enaguas en las alcobas de los presbíteros. Al probar que no existe cura sin moza ni sobrinos, se imaginan haber derribado el catolicismo. Budas de nuevo linaje, se hallan hipnotizados por la contemplación de un solideo. Para ellos, nada importan los crímenes sociales ni las extorsiones políticas; lo grave, lo clamoroso, lo insufrible es que un tonsurado se refocile con el ama de llaves. Altivos rechazan la imposición moral del poder religioso, mientras soportan humildes la coerción del poder civil. Se vanaglorian de no arrodillarse en una iglesia, y lamen las alfombras de un palacio; se yerguen ante un obispo, y se doblegan en presencia de un alguacil; se sienten capaces de abofetear a Jesucristo, y carecen de hígado para sofrenar a un portero.

No queremos ni podríamos negarlo: el sacerdote hace el papel de una montaña sombría y escabrosa, interpuesta en el camino hacia la luz; pero el juez que vende la justicia, el parlamentario que tiene por única norma los caprichos del mandón, el capitalista que se adueña de los productos debidos al sudor ajeno, el soldado que descarga su rifle en una masa de obreros inermes ¿no causan tantos males y no merecen tanto vilipendio como el sacerdote? Hay que perseguir a los zorros, sin olvidar a los leones. A la vez que se derrumba mitos y se desinfecta el cielo, se debe combatir a los felinos y sanear el planeta. Para conseguir la redención del hombre, no basta derrocar a ese Dios impasible y egoísta que eternamente cabecea en lo Infinito, mientras el Universo se retuerce en el dolor, la desesperación y la muerte.

El librepensador que, llamándose a la neutralidad política, ve con indiferencia las iniquidades y los derroches de un gobierno tiránico,

nos parece tan censurable como el estadista que, alegando la neutralidad religiosa, presencia con olímpica serenidad el predominio del clero y la difusión de las ideas ultramontanas. El librepensamiento no debe renunciar a la política por una razón: los políticos no se olvidan de los librepensadores. Todo político de mala ley presiente un adversario en todo pensador de tendencia irreligiosa, presentimiento muy racional, pues quien hoy se subleva contra las autoridades que presumen bajar del cielo, mañana suele rebelarse contra los déspotas que surgen de la tierra. A más, el que vive a las orillas de un río puede no acordarse de las aguas; pero las aguas no se olvidan de él cuando el río sale de madre. No sirven torres de marfil ni montañas de cumbres inaccesibles. Al estallar las convulsiones sociales, llega el momento en que los más pacíficos y más indiferentes a la cosa pública se ven sacudidos y aplastados: no habiendo querido actuar como personajes del drama, figuran como víctimas en el desplome del edificio.

El librepensamiento, ejercido con semejante amplitud de miras, deja de ser el campo estrecho donde únicamente se debaten las creencias religiosas, para convertirse en el anchuroso palenque donde se dilucidan todas las cuestiones humanas, donde se aboga por todos los derechos y por todas las libertades. Al sólo defender la de escribir y de hablar, se aboga tal vez por los intereses de algunos privilegiados. Las muchedumbres se fijan muy poco en la libertad de la pluma porque no escriben ni se desvelan en la lectura; menos se interesan en la libertad de palabra porque no echan discursos ni se gozan en escucharles; ellas piden libertad de acción porque la necesitan para solucionar los graves problemas económicos. Esa Francia del 1789 y del 1848, donde todavía se descarga el palo en los manifestantes de bandera roja y se disuelve a tiros las aglomeraciones de huelguistas, nos dice muy bien que dar al hombre la libertad de pluma y de palabra sin concederle la de acción, es negarle lo principal y

otorgarle lo accesorio. De ahí que todo librepensador, si no quiere mostrarse ilógico, tiene que declararse revolucionario.

Lo repetimos: con semejante amplitud de miras, se sale del librepensamiento (que hasta hoy no ha significado sino irreligión y anticlericalismo) para entrar en el *pensamiento libre* que entraña la defensa por la total emancipación del individuo. Es la tendencia que nos parece vislumbrar en la Liga de Librepensadores, institución fundada y mantenida por hombres que actuaron o siguen actuando en sociedades tan marcadamente luchadoras como el Círculo Literario y la Unión Nacional.

En fin, señores: ya que por algunos momentos nos hemos reunido aquí para ensanchar el ánimo en una atmósfera de verdad y tolerancia, no nos separemos sin el buen propósito de corroborar con los actos la firme adhesión a las ideas emitidas con las palabras. Sincera y osadamente formulamos nuestras convicciones, sin amedrentarnos por las consecuencias, sin admitir división entre lo que debe decirse y lo que debe callarse, sin profesar verdades para el consumo del individuo y verdades para el uso de las multitudes. Erradiquemos de nuestras entrañas los prejuicios tradicionales, cerremos nuestros oídos a la voz de los miedos atávicos, rechacemos la imposición de toda autoridad humana o divina, en pocas frases, creémonos un ambiente laico donde no lleguen las nebulosidades religiosas, donde sólo reinen los esplendores de la Razón y la Ciencia. Procediendo así, viviremos tranquilos, orgullosos, respetados por nosotros mismos; y cuando nos suene la hora del gran viaje, cruzaremos el pórtico sombrío de la muerte, no con la timidez del reo que avanza en el pretorio, sino con la arrogancia del vencedor romano al atravesar un arco de triunfo.

EL INTELECTUAL Y EL OBRERO

(Discurso leído el 1º de Mayo de 1905 en la Federación de Obreros Panaderos.)

I

SEÑORES:

No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta.

> En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante. El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir a un joven que llega entonando una canción:
>
> —¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando mientras yo, desde que nace el sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.
>
> —¡Cómo te engañas, oh labrador! responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma.

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura, el albañil al nivelar una pared, el tipógrafo al hacer una compuesta, el carpintero al ajustar un ensamblaje, el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material –el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: a la fatiga nerviosa del cerebro que imagina o piensa, viene a juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles, al escultor el cincel, al músico el instrumento, al escritor la pluma; hasta al orador le cansa y agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro vagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirigimos únicamente a los panaderos), ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando en las primeras horas de la mañana sale de las prensas el diario húmedo y tentador, a la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista o el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillo ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que apenas saben o quieren leer. Y ¿el pan? símbolo de la nutrición o de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la luz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina de la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido sustituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático a los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos y, como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia a los zares que visitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, no hay estómagos que no coman.

II

Cuando preconizamos la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a título de una jerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrogan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de sol que penetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores –figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin deternerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las bajas de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? Influir en las multitudes, sacudirlas, despertarlas y arrojarlas a la acción. Pero sucede que el pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativa; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general

en la historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campesinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos a otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante o retrogradar. Casi todos los revolucionarios y reformadores, se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar a sus conductores; no comienza por el sacrificio pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres (señaladamente los políticos) no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde a la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonradores son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero mortificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilar las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, a su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos a confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando alrededor de féretros que tomamos por cunas o morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos a los marineros que en medio del

Atlántico decían a Colón: *No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá*. Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero, al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado a tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurrimos a la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las barricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde o temprano lanzarán el grito de las revindicaciones sociales, hablamos el 1º de Mayo, el día que ha merecido llamarse la pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales. Nadie espera ya que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes, quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz –la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la Humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

III

Si antes de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña

luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: Seamos justos. Justos con la Humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo a que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar a cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos, pues, a nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible para viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos a quedar en el fondo de la cala, donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consume los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones? pues todos a comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos a ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio, innecesariamente practicados, nos volverían injustos con nosotros mismos. Cierto, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad a la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan a los desposeídos: sacrifíquense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores, difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo. Los 4 de agosto encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian a un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo –una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa el *primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fratricida, se valga de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*.

Pues bien: si unos hieren y no razonan, ¿qué harán los otros? Desde que no se niega a las naciones el derecho de insurrección para derrocar a sus malos gobiernos, debe concederse a la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual, ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. (¿No hay hasta un socialismo católico?) Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre porque los mismos que reconocen la legitimidad de las revindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven o fingen no ver el movimiento que se opera en el fondo de las modernas sociedades. Nada les dice la muerte de las creencias, nada el amenguamiento del amor patrio, nada la solidaridad de los proletarios, sin distinción de razas ni de

nacionalidades. Oyen un clamor lejano, y no distinguen que es el grito de los hambrientos lanzados a la conquista del pan; sienten la trepidación del suelo, y no comprenden que es el paso de la revolución en marcha; respiran en atmósfera saturada por hedores de cadáver, y no perciben que ellos y todo el mundo burgués son quienes exhalan el olor a muerto.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen a embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán a sus ejércitos, pero los soldados contarán en el número de los rebeldes; clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán a fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de alguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán a las caras y sintiendo piedad de sí mismos (los que nunca la sintieron de nadie) repetirán con espanto: ¡Es la inundación de los bárbaros! Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces, responderá: *No somos la inundación de la barbarie, somos el diluvio de la justicia.*

NUESTROS INDIOS[1]

I

LOS MÁS prominentes sociólogos[2] consideran la sociología como una ciencia en formación y claman por el advenimiento de su Newton, de su Lavoisier o de su Lydell; sin embargo, en ningún libro pulula tanta afirmación dogmática o arbitraria como en las obras

1. Este artículo no formaba parte de la primera edición de *Horas de lucha*. Lo hemos incluido en ésta porque consideramos que las ideas expresadas en él armonizan con el espíritu de la obra. Conviene, sin embargo, advertir que el autor no concluyó “Nuestros indios”; ni mucho menos llegó a corregir definitivamente las páginas que había esbozado. Y hemos decidido publicarlo así, respetando el estilo espontáneo del autor, antes que aportar modificaciones en que la buena intención no habría sabido siempre disculpar la torpeza, para no privar al público de conocer la opinión del autor sobre tema de tanta importancia nacional (nota de Adriana de González Prada).

2. A partir de este artículo de González Prada acerca del indio, cambia radicalmente el planteamiento de esta cuestión en la literatura sociológica peruana. Ya en 1888 doña Clorinda Matto de Turner había dedicado a González Prada su célebre novela indigenista *Aves sin nido*, y antes de 1900 González Prada había escrito las después llamadas *Baladas peruanas*, poemas de vehemente reivindicación del indio. El ensayo imprimió un violento viraje a los trabajos indigenistas y es el inspirador directo de los trabajos de Pedro Zulen, Víctor Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui, José Uriel García y Luis E. Valcárcel. Según la interpretación de González Prada, el indio no representa una raza biológica sino una raza social, pues depende de su estado económico. Sin embargo, tocante al chino y aun al negro, las opiniones de González Prada fueron más tradicionales, según puede verse en la declaración de principios de la Unión Nacional, así como en sus ensayos sobre la aristocracia peruana (nota de L.A. Sánchez).

elaboradas por los herederos o epígonos de Comte. Puede llamarse a la sociología no sólo el arte de dar nombres nuevos a las cosas viejas sino la ciencia de las afirmaciones contradictorias. Si un gran sociólogo enuncia una proposición, estemos seguros que otro sociólogo no menos grande aboga por la diametralmente opuesta. Como algunos pedagogos recuerdan a los preceptores de Scribe, así muchos sociólogos hacen pensar en los médicos de Molière: Le Bon y Tarde no andan muy lejos de Diafoirus y Purgón.

Citemos la raza como uno de los puntos en que más divergen los autores. Mientras unos miran en ella el principal factor de la dinámica social y resumen la historia en una lucha de razas, otros reducen a tan poco el radio de las acciones étnicas que repiten con Durkheim: "No conocemos ningún fenómeno social que se halle colocado bajo la dependencia incontestable de la raza". Novicow, sin embargo de juzgar exagerada la opinión de Durkheim, no vacila en afirmar que "la raza, como la especie, es, hasta cierto punto, una categoría subjetiva de nuestro espíritu, sin realidad exterior"; y exclama en un generoso arranque de humanidad: "Todas estas pretendidas incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de espíritus enfermos. Quien se atreva a decir a una raza: aquí llegarás y de aquí no pasarás, es un ciego y un insensato".

¡Cómoda invención la etnología en manos de algunos hombres! Admitida la división de la Humanidad en razas superiores y razas inferiores, reconocida la superioridad de los blancos y por consiguiente su derecho a monopolizar el gobierno del planeta, nada más natural que la supresión del negro en África, del piel roja en Estados Unidos, del tágalo en Filipinas, del indio en el Perú. Como en la selección o eliminación de los débiles e inadaptables se realiza la suprema ley de la vida, los eliminadores o supresores violentos no hacen más que acelerar la obra lenta y perezosa de la Naturaleza: abandonan la marcha de la tortuga por el galope del caballo. Muchos

no lo escriben, pero lo dejan leer entre líneas, como Pearson cuando se refiere a “la solidaridad entre los hombres civilizados de la raza europea frente a la Naturaleza y la barbarie humana”. Donde se lee *barbarie humana* tradúzcase *hombre sin pellejo blanco*.

Mas, no sólo se decreta ya la supresión de negros y amarillos: en la misma raza blanca se operan clasificaciones de pueblos destinados a engrandecerse y vivir y pueblos condenados a degenerar y morir. Desde que Demolins publicó su libro *À Quoi tient la supériorité anglo-saxons*[3], ha recrudecido la moda de ensalzar a los anglosajones y deprimir a los latinos. (Aunque algunos latinos pueden llamarse tales, como Atahualpa gallego y Motezuma provenzal.) En Europa y América asistimos a la florescencia de muchas Casandras que viven profetizando el incendio y desaparición de la nueva Troya. Algunos pesimistas, creyéndose los Deucaliones del próximo diluvio y hasta los superhombres de Nietzsche, juzgan la desaparición de su propia raza como si se tratara de seres prehistóricos o de la Luna. No se ha formulado pero se sigue un axioma: crímenes y vicios de ingleses o norteamericanos son cosas inherentes a la especie humana y no denuncian la decadencia de un pueblo; en cambio, crímenes y vicios de franceses o italianos son anomalías y acusan degeneración de raza. Felizmente Oscar Wilde y el general Mac Donald no nacieron en París ni la mesa redonda del emperador Guillermo tuvo sus sesiones en Roma.

Nos parece inútil decir que no tomamos en serio a los *dilettanti* como Paul Bourget ni a los *fumistes* como Maurice Barrés, cuando

3. Don Víctor Arreguine le ha contestado con el libro *En qué consiste la superioridad de los latinos sobre los anglo-sajones* (Buenos Aires, 1900). Según Arreguine, la larga obra del señor Demolins, ampliación de un capítulo de Taine sobre la educación inglesa, en lo que tiene ella de bueno, antes que obra de imparcial serenidad, es un alegato anglómano con acentuado sabor a conferencia pedagógica, no obstante lo cual ha turbado a muchos cerebros latinos con lo que llamaremos mareo de la novedad.

fulminan rayos sobre el cosmopolitismo y lloran la decadencia de la *noble raza francesa*, porque la hija de un conde sifilítico y de una marquesa pulmoníaca se deja seducir por un mocetón sano y vigoroso pero sin cuarteles de nobleza. Respecto a Monsieur Gustave Le Bon, le debemos admirar por su vastísimo saber y su gran elevación moral, aunque representa la exageración de Spencer, como Max Nordau la de Lombroso y Haeckel la de Darwin. Merece llamarse el Bossuet de la sociología, por no decir el Torquemada ni el Herodes. Si no se hiciera digno de consideración por sus observaciones sobre la luz negra, diríamos que es a la sociología como el doctor Sangredo es a la medicina.

Le Bon nos avisa que "de ningún modo toma el término de raza en el sentido antropológico, porque, desde hace mucho tiempo, las razas puras han desaparecido casi, salvo en los pueblos salvajes", y para que tengamos un camino seguro por donde marchar, decide: en los pueblos civilizados, no hay más que razas históricas, es decir, creadas del todo por los acontecimientos de la Historia. Según el dogmatismo leboniano, las naciones hispanoamericanas constituyen ya una de esas razas pero una raza tan singular que ha pasado vertiginosamente de la niñez a la decrepitud, salvando en menos de un siglo, la trayectoria recorrida por otros pueblos en tres, cuatro, cinco y hasta seis mil años. Las veintidós repúblicas latinas de América[4] dice en su *Psychologie du Socialisme*:

> aunque situadas en las comarcas más ricas del globo, son incapaces de aprovechar sus inmensos recursos... el destino final de esta mitad de América es regresar a la barbarie primitiva, a menos que los Estados Unidos le presten el inmenso servicio de conquistarla... Hacer bajar las más

---

4. ¿De dónde saca el autor esas veintidós repúblicas? No hay aquí un error tipográfico porque en una nota de la página 40 escribe: *Il faut ignorer d'une façon bien complète l'histoire de Saint-Domingue, d'Haïti, celle des vingt-deux républiques hispanoaméricaines et celle des États-Unis.*

ricas comarcas del globo al nivel de las repúblicas negras de Santo Domingo y Haití: he ahí lo que la raza latina ha realizado en menos de un siglo con la mitad de América.

A Le Bon le podrían argüir que toma la erupción cutánea de un niño por la gangrena senil de un nonagenario, la hebefrenia de un mozo por la locura homicida de un viejo. ¿Desde cuándo las revoluciones anuncian decrepitud y muerte? Ninguna de las naciones hispanoamericanas ofrece hoy la miseria política y social que reinaba en la Europa del feudalismo; pero a la época feudal se la considera como una etapa de la evolución, en tanto que a la era de las revoluciones hispanoamericanas se la mira como un estado irremediable y definitivo. También le podríamos argüir colocando a Le Bon el optimista frente a Le Bon el pesimista, como quien dice a san Agustín el obispo contra san Agustín el pagano. Es posible, afirma Le Bon, que tras una serie de calamidades profundas, de trastornos casi nunca vistos en la historia, los pueblos latinos, aleccionados por la experiencia... tienten la ruda empresa de adquirir las cualidades que les falta para de ahí adelante lograr buen éxito en la vida... Los apóstoles pueden mucho porque logran transformar la opinión, y la opinión es hoy reina... La historia se halla tan llena de imprevistos, el mundo anda en camino de sufrir modificaciones tan profundas, que es imposible prever hoy el destino de los imperios. Si no cabe prever la suerte de las naciones, ¿cómo anuncia la muerte de las repúblicas hispanoamericanas? ¿Lo que pueden realizar en Europa los imperios latinos, no podrán tentarlo en el Nuevo Mundo las naciones de igual origen? O ¿habrá dos leyes sociológicas, una para los *latinos* de América y otra para los *latinos* de Europa? Quizás; pero, felizmente, las afirmaciones de Le Bon se parecen a los clavos, las unas sacan a las otras[5].

5. Acaba de afirmar que “los apóstoles pueden mucho porque logran transformar la opinión”, etc. En las páginas 451 y 452 expresa lo contrario: *Nos pensées*, etc.

Se ve, pues, que si Augusto Comte pensó hacer de la sociología una ciencia eminentemente positiva, algunos de sus herederos la van convirtiendo en un cúmulo de divagaciones sin fundamento científico.

II

En *La lucha de las razas*, Luis Gumplowicz dice: "Todo elemento étnico esencial potente busca para hacer servir a sus fines todo elemento débil que se encuentra en su radio de potencia o que penetre en él"[6]. Primero los conquistadores, en seguida sus descendientes, formaron en los países de América un elemento étnico bastante poderoso para subyugar y explotar a los indígenas. Aunque se tache de exagerables las afirmaciones de Las Casas, no puede negarse que merced a la avarienta crueldad de los explotadores, en algunos pueblos americanos el elemento débil se halla próximo a extinguirse. Las hormigas que domestican pulgones para ordeñarlas, no imitan la imprevisión del *blanco, no destruyen a su animal productivo.*

A la fórmula de Gumplowicz conviene agregar una ley que influye mucho en nuestro modo de ser: cuando un individuo se eleva sobre el nivel de su clase social, suele convertirse en el peor enemigo de ella. Durante la esclavitud del negro, no hubo caporales más feroces que los mismos negros; actualmente, no hay quizá opresores tan duros del indígena como los mismos indígenas españolizados e investidos de alguna autoridad.

El verdadero tirano de la masa, el que se vale de unos indios para esquilmar y oprimir a los otros es el *encastado,* comprendiéndose en esta palabra tanto al cholo de la sierra o mestizo como al mulato y al zambo de la costa. En el Perú vemos una superpoblación étnica:

---

6. Traducción anónima de la *España moderna*, Madrid.

excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad, los *encastados* o dominadores y los indígenas o dominados. Cien a doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones.

Existe una alianza ofensiva y defensiva, un cambio de servicios entre los dominadores de la capital y los de provincia: si el gamonal de la sierra sirve de agente político al señorón de Lima, el señorón de Lima defiende al gamonal de la sierra cuando abusa bárbaramente del indio. Pocos grupos sociales han cometido tantas iniquidades ni aparecen con rasgos tan negros como los españoles y encastados en el Perú. Las revoluciones parecen nada ante la codicia glacial de los encastados para sacar el jugo a la carne humana. Muy poco les ha importado el dolor y la muerte de sus semejantes, cuando ese dolor y esa muerte les ha rendido unos cuantos soles de ganancia. Ellos diezmaron al indio con los repartimientos y las mitas; ellos importaron al negro para hacerle gemir bajo el látigo de los caporales; ellos devoraron al chino, dándole un puñado de arroz por diez y hasta quince horas de trabajo; ellos extrajeron de sus islas al canaca para dejarle morir de nostalgia en los galpones de las haciendas; ellos pretenden introducir hoy al japonés[7]. El negro parece que disminuye, el chino va desapareciendo, el canaca no ha dejado huella, el japonés no da señales de prestarse a la servidumbre; mas queda el indio, pues trescientos a cuatrocientos años de crueldades no han logrado exterminarle ¡el *infame* se encapricha en vivir!

Los virreyes del Perú no cesaron de condenar los atropellos ni

7. Cuando en el Perú se habla de inmigración, no se trata de procurarse hombres libres que por cuenta propia labren el suelo y al cabo de algunos años se conviertan en pequeños propietarios: se quiere introducir parias que enajenen su libertad y por el *mínimum* de jornal proporcionen el máximo de trabajo.

ahorraron diligencias para lograr "la conservación, buen tratamiento y alivio de los indios"; los reyes de España cediendo a "la conmiseración de sus nobles y católicas almas", concibieron medidas humanitarias o secundaron las iniciadas por los virreyes. Sobraron los buenos propósitos en las Reales Cédulas. Ignoramos si las Leyes de Indias forman una pirámide tan elevada como el Chimborazo; pero sabemos que el mal continuaba lo mismo, aunque algunas veces hubo castigos ejemplares. Y no podía suceder de otro modo: oficialmente se ordenaba la explotación del vencido y se pedía humanidad y justicia a los ejecutores de la explotación; se pretendía que humanamente se cometiera iniquidades o equitativamente se consumara injusticias. Para extirpar los abusos, habría sido necesario abolir los repartimientos y las mitas, en dos palabras, cambiar todo el régimen colonial. Sin las faenas del indio americano, se habrían vaciado las arcas del tesoro español. Los caudales enviados de las colonias a la metrópoli no eran más que sangre y lágrimas convertidas en oro.

La República sigue las tradiciones del virreinato. Los presidentes en sus mensajes abogan por la redención de los oprimidos y se llaman "protectores de la raza indígena"; los congresos elaboran leyes que dejan atrás a la *Declaración de los derechos del hombre*; los ministros de Gobierno expiden decretos, pasan notas a los prefectos y nombran delegaciones investigadoras, todo "con el noble propósito de asegurar las garantías de la clase desheredada"; pero mensajes, leyes, decretos, notas y delegaciones se reducen a jeremiadas hipócritas, a palabras sin eco, a expedientes manoseados. Las autoridades que desde Lima imparten órdenes conminatorias a los departamentos, saben que no serán obedecidas; los prefectos que reciben las conminaciones de la capital saben también que ningún mal les resulta de no cumplirlas. Lo que el año 1648 decía en su *Memoria* el marqués de Mancera, debe repetirse hoy, leyendo "gobernadores y hacendados" en lugar de "corregidores y caciques":

> Tienen por enemigos estos pobres Indios la codicia de sus corregidores, de sus curas y de sus caciques, todos atentos a enriquecer de su sudor; era menester el celo y autoridad de un virrey para cada uno; en fe de la distancia se trampea la obediencia, y ni hay fuerza ni perseverancia para proponer segunda vez la quexa.[8]

El trampear la obediencia vale mucho en boca de un virrey; pero vale más la declaración escapada a los defensores de los indígenas de Chucuito[9].

No faltan indiófilos que en sus iniciativas individuales o colectivas procedan como los gobiernos en su acción oficial. Las agrupaciones formadas para libertar a la raza irredenta no han pasado de contrabandos políticos abrigados con bandera filantrópica. Defendiendo al indio se ha explotado la conmiseración, como invocando a Tacna y Arica se negocia hoy con el patriotismo. Para que los redentores procedieran de buena fe, se necesitaría que de la noche a la mañana sufrieran una transformación moral, que se arrepintieran al medir el horror de sus iniquidades, que formaran el inviolable propósito de obedecer a la justicia, que de tigres se quisieran volver hombres. ¿Cabe en lo posible?

Entre tanto, y por regla general, los *dominadores* se acercan al indio para engañarle, oprimirle o corromperle. Y debemos rememorar que no sólo el *encastado* nacional procede con inhumanidad o mala fe: cuando los europeos se hacen rescatadores de lana, mineros o hacendados, se muestran buenos exactores y magníficos torsionarios, rivalizan con los antiguos encomenderos y los actuales hacendados. El animal de pellejo blanco, nazca donde naciere, vive aquejado por el mal del oro: al fin y al cabo cede al instinto de rapacidad.

---

8. *Memorias de los virreyes del Perú, marqués de Mancera y conde de Salvatierra*, publicadas por José Toribio Polo. Lima, 1899.
9. *La raza indígena del Perú en los albores del siglo XX* (página VI, segundo folleto). Lima, 1903.

III

Bajo la República ¿sufre menos el indio que bajo la dominación española? Si no existen corregimientos ni encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que le hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la excecración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol, le lanzamos a destrozarse en las guerras civiles y de tiempo en tiempo organizamos cacerías y matanzas como las de Amantani, Ilave y Huanta[10].

No se escribe pero se observa el axioma de que el indio no tiene derechos sino obligaciones. Tratándose de él, la queja personal se toma por insubordinación, el reclamo colectivo por conato de sublevación. Los realistas españoles mataban al indio cuando pretendía sacudir el yugo de los conquistadores, nosotros los republicanos nacionales le exterminamos cuando protesta de las contribuciones onerosas, o se cansa de soportar en silencio las iniquidades de algún sátrapa.

Nuestra forma de gobierno se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un Estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley. Si en la costa se divisa un vislumbre de garantías bajo un remedo de república, en el interior se

---

10. Una persona verídica y bien informada nos proporciona los siguientes datos: "*Masacre de Amantani*. –Apenas inaugurada la primera dictadura de Piérola, los indios de Amantani, isla del Titicaca, lincharon a un gamonal que había cometido la imprudencia de obligarles a hacer ejercicios militares. La respuesta fue el envío Puno de dos buques armados en guerra, que bombardearon ferozmente la isla, desde las 6 de la mañana a las 6 de la tarde. La matanza fue horrible, sin que hasta ahora se sepa el número de indios que ese día perecieron, sin distinción de edad ni sexo. Sólo se ven esqueletos que aún blanquean metidos de medio cuerpo en las grietas de los peñascos, en actitud de refugiarse". Ilave y Huanta se consumaron en la segunda administración de Piérola.

palpa la violación de todo derecho bajo un verdadero régimen feudal. Ahí no rigen códigos ni imperan tribunales de justicia, porque hacendados y *gamonales* dirimen toda cuestión arrogándose los papeles de jueces y ejecutores de las sentencias. Las autoridades políticas, lejos de apoyar a débiles y pobres, ayudan casi siempre a ricos y fuertes. Hay regiones donde jueces de paz y gobernadores pertenecen a la servidumbre de la hacienda. ¿Qué gobernador, qué subprefecto ni qué prefecto osaría colocarse frente a frente de un hacendado?

Una hacienda se forma por la acumulación de pequeños lotes arrebatados a sus legítimos dueños, un patrón ejerce sobre sus peones la autoridad de un barón normando. No sólo influye en el nombramiento de gobernadores, alcaldes y jueces de paz, sino que hace matrimonios, designa herederos, reparte las herencias, y para que los hijos satisfagan las deudas del padre, les somete a una servidumbre que suele durar toda la vida. Impone castigos tremendos como la *corma*, la flagelación, el cepo de campaña y la muerte; risibles, como el rapado del cabello y los enemas de agua fría. Quien no respeta vidas ni propiedades realizaría un milagro si guardara miramientos a la honra de las mujeres: toda india, soltera o casada, puede servir de blanco a los deseos brutales del *señor*. Un rapto, una violación y un estupro no significan mucho cuando se piensa que a las indias se las debe poseer de viva fuerza. Y a pesar de todo, el indio no habla con el patrón sin arrodillarse ni besarle la mano. No se diga que por ignorancia o falta de cultura de los señores territoriales proceden así: los hijos de algunos hacendados van niños a Europa, se educan en Francia o Inglaterra y vuelven al Perú con todas las apariencias de gentes civilizadas; mas apenas se confinan en sus haciendas, pierden el barniz europeo y proceden con más inhumanidad y violencia que sus padres: con el sombrero, el poncho y las roncadoras, reaparece la fiera. En resumen: las haciendas constituyen reinos en el corazón de la República, los hacendados ejercen el papel de autócratas en medio de la democracia.

IV

Para cohonestar la incuria del Gobierno y la inhumanidad de los expoliadores, algunos pesimistas a lo Le Bon marcan en la frente del indio un estigma infamatorio: le acusan de refractario a la civilización. Cualquiera se imaginaría que en todas nuestras poblaciones se levantan espléndidas escuelas, donde bullen eximios profesores muy bien rentados, y que las aulas permanecen vacías porque los niños, obedeciendo las órdenes de sus padres, no acuden a recibir educación. Se imaginaría también que los indígenas no siguen los moralizadores ejemplos de las clases dirigentes o crucifican sin el menor escrúpulo a todos los predicadores de ideas levantadas y generosas. El indio recibió lo que le dieron: fanatismo y aguardiente.

Veamos ¿qué se entiende por civilización? Sobre la industria y el arte, sobre la erudición y la ciencia, brilla la moral como punto luminoso en el vértice de una gran pirámide. No la moral teológica fundada en una sanción póstuma, sino la moral humana, que no busca sanción ni la buscaría lejos de la Tierra. El *súmmum* de la moralidad, tanto para los individuos como para las sociedades, consiste en haber transformado la lucha de hombre contra hombre en el acuerdo mutuo para la vida. Donde no hay justicia, misericordia ni benevolencia, no hay civilización; donde se proclama ley social la *strugle for life*, reina la barbarie. ¿Qué vale adquirir el saber de un Aristóteles cuando se guarda el corazón de un tigre? ¿Qué importa poseer el don artístico de un Miguel Ángel cuando se lleva el alma de un cerdo? Más que pasar por el mundo derramando la luz del arte o de la ciencia, vale ir destilando la miel de la bondad. Sociedades altamente civilizadas merecerían llamarse aquellas donde practicar el bien ha pasado de obligación a costumbre, donde el acto bondadoso se ha convertido en arranque instintivo. Los dominadores del Perú ¿han adquirido ese grado de moralización? ¿Tienen derecho de considerar al indio como un ser incapaz de civilizarse?

La organización política y social del antiguo imperio incaico admira hoy a reformadores y revolucionarios europeos. Verdad, Atahualpa no sabía el Padrenuestro ni Calcuchima pensaba en el Misterio de la Trinidad; pero el culto del Sol era quizá menos absurdo que la religión católica, y el gran sacerdote de Pachacamac no vencía tal vez en ferocidad al padre Valverde. Si el súbdito de Huaina-Cápac admitía la civilización, no encontramos motivo para que el indio de la República la rechace, salvo que toda la raza hubiera sufrido una irremediable decadencia fisiológica. Moralmente hablando, el indígena de la República se muestra inferior al indígena hallado por los conquistadores; mas depresión moral a causa de servidumbre política no equivale a imposibilidad absoluta para civilizarse por constitución orgánica. En todo caso, ¿sobre quién gravitaría la culpa?

Los hechos desmienten a los pesimistas. Siempre que el indio se instruye en colegios o se educa por el simple roce con personas civilizadas, adquiere el mismo grado de moral y cultura que el descendiente del español. A cada momento nos rozamos con amarillos que visten, comen y piensan como los *melifluos caballeros de Lima*. Indios vemos en cámaras, municipios, magistraturas, universidades y ateneos, donde se manifiestan ni más venales ni más ignorantes que los de otras razas. Imposible deslindar responsabilidades en el *tótum revolutis* de la política nacional para decir qué mal ocasionaron los mestizos, los mulatos y los blancos. Hay tal promiscuidad de sangres y colores, representa cada individuo tantas mezclas lícitas o ilícitas, que en presencia de muchísimos peruanos quedaríamos perplejos para determinar la dosis de negro y amarillo que encierran en sus organismos: nadie merece el calificativo de blanco puro, aunque lleve azules los ojos y rubio el cabello. Sólo debemos recordar que el mandatario con mayor amplitud de miras perteneció a la raza indígena, se llamaba Santa Cruz. Lo fueron cien más, ya valientes hasta el heroísmo como Cahuide; ya fieles hasta el martirio como Olaya.

Tiene razón Novicow al afirmar que “las pretendidas incapacidades de los amarillos y los negros son quimeras de espíritus enfermos”. Efectivamente, no hay acción generosa que no pueda ser realizada por algún negro ni por algún amarillo, como no hay acto infame que no pueda ser cometido por algún blanco. Durante la invasión chilena en 1900, los amarillos del Japón dieron lecciones de humanidad a los blancos de Rusia y Alemania. No recordamos si los negros de África las dieron alguna vez a los boers del Transvaal o a los ingleses del Cabo: sabemos sí que el anglosajón Kitchener se muestra tan feroz en el Sudán como Behanzin en el Dahomey. Si en vez de comparar una muchedumbre de piel blanca con otras muchedumbres de piel oscura, comparamos un individuo con otro individuo, veremos que en medio de la civilización blanca abundan cafres y pieles rojas por dentro. Como flores de raza u hombres representativos, nombremos al rey de Inglaterra y al emperador de Alemania: Eduardo VII y Guillermo II ¿merecen compararse con el indio Benito Juárez y con el negro Booker Washington? Los que antes de ocupar un trono vivieron en la taberna, el garito y la mancebía, los que desde la cima de un imperio ordenan la matanza sin perdonar a niños, ancianos ni mujeres, llevan lo blanco de la piel más esconden lo negro en el alma.

¿De sólo la ignorancia depende el abatimiento de la raza indígena?

Cierto, la ignorancia nacional parece una fábula cuando se piensa que en muchos pueblos del interior no existe un solo hombre capaz de leer ni de escribir, que durante la guerra del Pacífico los indígenas miraban la lucha de las dos naciones como una contienda civil entre el general Chile y el general Perú, que no hace mucho los emisarios de Chucuito se dirigieron a Tacna figurándose encontrar ahí al presidente de la República.

Algunos pedagogos (rivalizando con los vencedores de panaceas) se imaginan que sabiendo un hombre los afluentes del Amazonas y la temperatura media de Berlín, ha recorrido la mitad del camino para

resolver todas las cuestiones sociales. Si por un fenómeno sobrehumano, los analfabetos nacionales amanecieran mañana, no sólo sabiendo leer y escribir, sino con diplomas universitarios, el problema del indio no habría quedado resuelto: al proletariado de los ignorantes, sucedería el de los bachilleres y doctores. Médicos sin enfermos, abogados sin clientela, ingenieros sin obras, escritores sin público, artistas sin parroquianos, profesores sin discípulos, abundan en las naciones más civilizadas formando el innumerable ejército de cerebros con luz y estómagos sin pan. Donde las haciendas de las costas suman cuatro o cinco mil fanegadas, donde las estancias de la sierra miden treinta y hasta cincuenta leguas, la nación tiene que dividirse en señores y siervos.

Si la educación suele convertir al bruto impulsivo en un ser razonable y magnánimo, la instrucción le enseña y le ilumina el sendero que debe seguir para no extraviarse en las encrucijadas de la vida. Mas divisar una senda no equivale a seguirla hasta el fin: se necesita firmeza en la voluntad y vigor en los pies. Se requiere también poseer un ánimo sin altivez y rebeldía, no de sumisión y respeto como el soldado y el monje. La instrucción puede mantener al hombre en la bajeza y la servidumbre: instruidos fueron los eunucos y gramáticos de Bizancio. Ocupar en la tierra el puesto que le corresponde en vez de aceptar el que le designan: pedir y tomar su bocado; reclamar su techo y su pedazo de terruño, es el derecho de todo ser racional.

Nada cambia más pronto ni más radicalmente la psicología del hombre que la propiedad: al sacudir la esclavitud del vientre, crece en cien palmos. Con sólo adquirir algo, el individuo asciende algunos peldaños en la escala social, porque las clases se reducen a grupos clasificados por el monto de la riqueza. A la inversa del globo aerostático, sube más el que más pesa. Al que diga: la escuela, respóndasele: *la escuela y el pan*.

La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social. ¿Cómo resolverla? No hace mucho que un alemán concibió la

idea de restaurar el imperio de los Incas: aprendió el quechua, se introdujo en las indiadas del Cuzco, empezó a granjearse partidarios, y tal vez habría intentado una sublevación, si la muerte no le hubiera sorprendido al regreso de un viaje por Europa. Pero ¿cabe hoy semejante restauración? Al intentarla, al querer realizarla, se obtendría más que el empequeñecimiento remedo de una grandeza pasada.

La condición del indígena puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduele al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores. Si el indio aprovechara en rifles y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas, si en un rincón de su choza o en el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetar su propiedad y su vida. A la violencia respondería con la violencia, escarmentando al patrón que le arrebata las lanas, al soldado que le recluta en nombre del Gobierno, al montonero que le roba ganado y bestias de carga.

Al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía. ¿Qué ha ganado con trescientos o cuatrocientos años de conformidad y paciencia? Mientras menos autoridades sufra, de mayores daños se liberta. Hay un hecho revelador: reina mayor bienestar en las comarcas más distantes de las grandes haciendas; se disfruta de más orden y tranquilidad en los pueblos menos frecuentados por las autoridades.

En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche.

[1904]

ÍNDICE

Este volumen de la Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2004,
en los talleres de Kiss Producciones, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres romana, negra y cursiva
de la familia tipográfica Times.
En su impresión se usó papel Hansamate 80 grs.
La edición consta de 1.500 ejemplares.

Gobierno Bolivariano



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

Horacio Jorge Becco, comp.
Crónicas de los patagones (vol. 23)

Horacio Jorge Becco, comp.
Crónicas de El Dorado (vol. 24)

Juan María Gutiérrez
Historia y crítica (vol. 25)

Sor Juana Inés de la Cruz
Polémica (vol. 26)

Portada:
Detalle de la máscara de danzante de la fiesta del *Corpus* en Paucartambo, Perú, fotografiado por Jeremy Horner. Tomado de *Herederos de los incas*. Benjamín Villegas, director; fotografías de Jeremy Horner. Bogotá: Villegas Editores / Corporación Andina de Fomento, 1996, pp. 188-189.



BIBLIOTECA AYACUCHO

Colección Claves de América

De la generación de Hostos, Montalvo, Justo Sierra y Varona, el peruano Manuel González Prada (1844-1918) fue para Latinoamérica y su país a finales del siglo XIX y comienzos del XX, un nuevo apóstol en quien se juntaban los ecos del romanticismo, del simbolismo y del modernismo poético con las luchas sociales, el utopismo socialista y el anarquismo. Estuvo entre los primeros en reconocer que el problema indio no era racial sino socioeconómico, así como se encontró entre quienes forzaban la ruptura con el pasado colonial y buscaban ponerse al día con las innovaciones contemporáneas. Escritor vigoroso, acelerado e imaginativo, sus numerosos artículos y conferencias permitieron formar libros con materiales de diversos registros en los que predomina sin embargo el combativo anticlerical y antimilitarista así como el abanderado del librepensamiento. El presente volumen es una breve antología de sus páginas, presentada por el también maestro José Carlos Mariátegui.